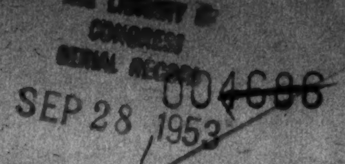

SEP 28 1953

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Vol. XLVIII | San José, Costa Rica | 1953 | Lunes 15 de Junio | Nº 7

Año 33 — No. 1152

El Maestro definidor

Por *Javier FERNANDEZ*

(Es un recorte de *La Nación*, Bs. Aires, marzo 29 de 1953. *Envío del autor*).

Vida totalmente gastada en servir fué la de Pedro Henríquez Ureña, el maestro dominicano en quien se prolongó la herencia de los hombres apostólicos de nuestra América: Bello, Martí, Hostos, Montalvo, Sarmiento, Rodó. Hombres de saber y de virtud, tanto de virtud como de saber, almas activas que se echaron sobre los hombros la tarea de muchos y empinaron el ideal de justicia y de cultura a deber irrenunciable. Fundadores de civilización en nuestro siglo XIX, fueron a la vez creadores de vida espiritual: en tierra de ignorancia y de pobreza, sacudidas por las luchas internas, abrieron el primer surco y sembraron la primera semilla; en ocasiones, hicieron tanto como los propios libertadores, porque crearon en los hombres la conciencia de su libertad y de su decoro, la conciencia de que no existe libertad sin decoro. Para ellos pensar, escribir y hacer fueron formas del bien público, del bien de todos, los de su patria y los de toda América. Porque ellos florecieron en los tiempos en que la unidad espiritual de la América española era cosa viva, efectiva, tiempos en que la idea de la *magna patria* circulaba como una esperanzada "americanería andante", según la feliz expresión de Alfonso Reyes, en las conversaciones privadas como en las proclamas revolucionarias; en las gacetillas de eco local como en las ambiciosas teorías de los pensadores; en la voz de los libertadores —San Martín, Bolívar—, como, caso singular, en las exaltadas arengas de algunos caudillos. Uno de los capítulos más excitantes de la historia de la cultura en Hispanoamérica sería aquel que reseñara el nacimiento, gloria y decadencia de la idea de la *magna patria*, nacida como sentimiento confuso primero, fortalecida después por la conciencia de la identidad de origen y de aspiraciones, destrozada más tarde por los recelos nacionalistas —los recelos del nacionalismo político estrecho— que en muchos casos confundió el éxito parcial con el signo de alguna misión privilegiada: llevada a sus extremos, esa confusión condujo al desastre aquella idea de unidad espiritual, como primer eslabón de la unidad política hacia la que debía tender nuestra América. Pero no todo es olvido: la llama arde en la obra de algunos hombres de mirada larga, y arde especialmente en el influjo siempre incitante de aquellos hombres apostólicos, cuya lección de bien ha sobrevivido a la manía de enfrentar en nuestras luchas por palabra de más o palabra de menos a quienes en vida no hicieron sino el bien, que lo hicieron a su manera, con los medios de que dispusieron en cada caso. Si el don de admirar no se ha agotado en nuestra América, esperemos que crezca el anhelo de imitación de aquellos actos de fe: anhelo que crecerá limpiamente y se hará norma de la vida pública, cuando nos decidamos a juzgar a aquellos hombres no por los defectos de su vida privada o por los errores



Pedro Henríquez Ureña

*

de su acción urgente, sino por su intachable cualidad de patriotas intachables.

Pedro Henríquez Ureña recogió aquella herencia apostólica e hizo virtud de su ejemplo: sólo que los tiempos en que debió actuar eran distintos. La vocación apostólica lo encendió desde temprano y desde temprano tuvo conciencia de su tarea: puede afirmarse que en él no hubo etapa de aprendizaje, como no hubo etapa de maestro impasible: al entusiasmo nietzscheano por el bien de sus años de juventud —desbordado afán de servicio— sucedió, con la variada experiencia de hombres, pueblos y problemas, la etapa definitiva en que aquel entusiasmo por hacerlo todo y crear todo de nuevo se convirtió en evangelio de serenidad, de fortaleza: más que crear había que salvar; se convirtió entonces en el maestro definidor de nuestra América, maestro definidor de cosas esenciales, defensor de verdades y virtudes sencillas, el que enseñaba a los hombres a no dejarse deslumbrar por el símbolo extraño del alfabeto recitado al revés. Nunca confesó desaliento, pero el matiz de distancia que tienen los escritos de su vida argentina —los últimos veinte años de su vida— descubren, para el lector afectuoso, una urgencia de salvar los tesoros culturales de una época cuyo ocaso tal vez vislumbrara. Sólo que este escepticismo, si en verdad existió en él, se resolvió, como el de Varona, por el camino de la acción fecunda; su fe nunca dejó de ser contagiosa, porque era fiel versión de su limpidez ética que le impidió caer en la ataraxia. El saber numeroso y preciso, la aptitud magistral y la devoción al deber hicieron en él mucho más que un gran maestro: hicieron de él una forma de la cultura. "La verdad es que, después de ocho bien contados lustros de una amistad que fué, para ambos, la más cercana, todavía me agobia la sorpresa de haber encontrado en mi existencia a un hombre de esta fábrica y de una superioridad tan múltiple" escribió su amigo más leal (1).

Había nacido en hogar intelectual, hogar de patriotas que lucharon por la libertad de su patria, Santo Domingo; y en Santo Domingo conoció, en 1900, a Hostos, que influyó decisivamente en su devoción al deber, como influyó en su desconfianza de toda obra que estuviera —o pareciera estar— en conflicto con la virtud; por ello, desde temprano, más que las obras o las teorías, le interesaron los autores de esas obras y esas teorías; como no se agotó nunca en él el don de admirar, y de admirar especialmente actos individuales; sus libros de ensayos, sus normas y sus orientaciones se fundamentan en la acción de aquellos hombres ejemplares, ejemplares en la acción y en la palabra; y no sólo en la acción y en la palabra de los grandes muertos, sino en la de sus contemporáneos vivos: en la obra ejemplar de hombres como Varona, como Sanín Cano, como García Monge, como el Vasconcelos de la etapa reformadora, como nuestro Alejandro Korn. Sobre la base de esos hombres construyó su fe en América como patria de la justicia y reclamó de todos conciencia de la responsabilidad de seguirlos. El reclamo nació, naturalmente, con sus primeros escritos. En su primer libro, libro de juventud sorprendentemente madura, *Ensayos críticos* (1905), junto a estudios sobre poesía y teatro, sobre música y sociología, que señalan una admirable información y una solidez mental y buen gusto admirables, empina el ejemplo de Hostos, apóstol de la acción antes que pensador contemplativo, "cuya vida inmaculada y asombrosamente fecunda es un ejemplo verdaderamente *superhumano*". Y junto a la exaltación de la figura, la norma que dicta el maestro definidor de veinte años: "Norma de nuestros pueblos debe ser buscar enseñanzas fecundas donde quiera que se encuentren; y el afán de cosmopolitismo que suelen mostrar es indicio de que en ellos no prevalecerá ninguna tendencia exclusivista" (2).

Este primer libro, que fué en definitiva, por la variedad de sus temas, el más universal de todos los suyos, da una idea precisa de la formación de aquel maestro ejemplar, pero advierte especialmente sobre la severa concepción de su americanismo de ventanas abiertas: junto a las

cosas de su América, vividas, aprendidas o soñadas, junto a Hostos y a Martí, junto a nuestro Almafuerte, en quien señala la posibilidad de poeta con matiz enteramente americano, Henríquez Ureña coloca a Platón y a los trágicos griegos, junto a Rodó el pensamiento olímpico de Goethe y un Nietzsche más escritor que pensador. Su preocupación es esencialmente americana, su formación latina, pero su inquietud humanística lo llevaba a beber en todas las fuentes de la cultura, las antiguas como las modernas. A todas se acercó con la mirada limpia de prejuicios y esa amplitud del conocimiento le dió perspectivas justas para juzgar sobre las cosas de su América: sus juicios de hace casi cincuenta años tienen todavía sabor de primicia.

El hecho capital de su vida fué la experiencia que le dió la Revolución Mexicana. Llegó a México en 1906, cuando comenzaban a vibrar allí inquietudes nuevas que pugnaban por resquebrajar el edificio de monotonía levantado por la terca mano de Porfirio Díaz. Se vinculó pronto al grupo juvenil que tuvo por escuela de prédica la Sociedad de Conferencias primero, el Ateneo de la Juventud después. Allí, maestro indiscutido entre sus iguales en edad, impuso, junto al ideal de perfección —herencia latina— normas de disciplina y de esfuerzo para alcanzarlo. Como siempre, no predicó sólo con la palabra hablada o con la palabra escrita; a la juvenil impaciencia que se demora en pereza sobre la página superficial, opuso el ejemplo de su austeridad y del rigor con que atendía las tareas de cultura; dió ejemplo de indiferencia para el éxito, de conciencia de modernidad, de sentido de la justicia. México le dió, en cambio, el perfil definitivo de su concepción americanista, y le hizo comprender, con los desasosiegos de aquella Revolución, que los males de nuestra América provienen especialmente de la entraña nihilista de conformidad (el "así somos: no hay remedio"), que anula todo intento de bien y de progreso; el pesimismo de los americanos sobre América es acaso el fermento y en ocasiones la única razón de sus continuos desequilibrios y del largo camino de frustraciones que es hasta ahora la tentativa de crear nuevas formas de vida, de hacer inteligible la idea de un nuevo mundo.

La experiencia de su vida norteamericana, por otra parte le advirtió además sobre los peligros de una concepción de la vida dirigida por entero a empeños prácticos, al afán sin luz de acumular riquezas: no que desdeñara el progreso material de los pueblos como de los individuos, sino que el progreso en el orden material como en el orden técnico debe ser garantía de la integridad del progreso en el orden espiritual. *Ariel*, pues, no había predicado en vano.

Cuando Henríquez Ureña llegó por primera vez a la Argentina, en visita fugaz, en 1922, su *Utopía de América* (3) tenía voz definitiva: sus palabras encontraron oídos atentos entre los jóvenes de la ciudad del bosque que rodeaban la figura de Korn. Aquella profesión de fe, como la de *Patria de la Justicia* (4), debe enlazarse con las orientaciones de *El descontento y la promesa* (5), en las que señaló más tarde los caminos de nuestra expresión americana. En esos tres actos de fe quedan determinadas las líneas esenciales del maestro definidor de nuestra América: hoy son tan actuales como cuando fueron dichas; más actuales porque el río de palabras que temió corriera por nuestra América se salió de madre e inundó todos los caminos.

Como siempre, no se quedó en la enunciación de su prédica; trabajó por ella, enseñando a pensar las cosas desde la raíz, enseñando a examinar el pasado con ojos limpios de prejuicios. Vino a establecerse definitivamente en la Argentina en 1924, y pronto pudo enseñar a los propios argentinos a reconocer sus virtudes y a admitir sus defectos: defectos de improvisación en las tareas de cultura, defectos del tremendo crecimiento material que ahogaba la vida espiritual, defectos de una escasa conciencia política y social; pero, sobre todo, advirtió los esquemas superficiales en que encerrábamos la historia de nuestro pasado y la facilidad con que definíamos como carácter del país lo que era simple situación, como la falta de aptitud de nuestras poblaciones sumergidas, como la larga disputa entre federalismo y centralismo que asorda toda la vida intelectual y política, porque le hemos puesto el rótulo simple de nuestras propias diferencias. En discurso improvisado, en discurso de despedida (6) expuso su teoría sobre la originalidad de nuestra Argentina y sobre la obra de los hombres que se lanzaron a construirla después de Caseros. Dijo entonces que él entendía la historia argentina al revés de como la entendían algunas interpretaciones superficiales, escasas entonces, pero numerosas después. Sostuvo que a la Argentina, como a todos los demás pueblos de la América Hispánica, la habían creado los criollos, que tuvieron, en el siglo XIX, una gran disciplina ejemplar que no suele ser recordada, a veces por mala fe, a veces por el mito de la supuesta indisciplina de todo americano para el esfuerzo firme. Sobre esta disciplina de unos pocos, hombres de pensamiento como Alberdi, hombres que fueron a la vez de pensamiento y de acción como Sarmiento y Mitre, forjaron el molde de nuestra tradición, y a ese molde se ajustó el inmigrante. Observaba Henríquez Ureña como signo definidor que en la Argentina, como en toda Hispanoamérica, nunca se perdió el matiz criollo; antes, por el contrario, las normas dictadas por los hombres de nuestra organización —hombres con errores, pero patriotas apasionados que debieron crear su propio instrumento de trabajo— fortificaron el matiz criollo; se da el caso paradójico, venía a decir, de que en la América española la ley se anticipó a la realidad, de que la realidad se ajustó a los preceptos previsores de la ley. Y ya en busca de la integración de la Argentina en el paisaje espiritual de su utopía de América, recordaba que a esos hombres de nuestra organización se los suele tachar, con flecha de desdén, de europeístas, porque aprendieron normas de la cultura milenaria. Henríquez Ureña recordaba que si esos hombres se inspiraron en países de larga tradición, no negaron la acre originalidad del paisaje nativo: Sarmiento, en su retrato de don Domingo de Oro, ha señalado, con la habitual hondura de su intuición artística, de qué modo se conciliaba en su espíritu el matiz criollo —matiz, por otra parte, de tonalidades europeas, hispánicas— con las formas de la cultura occidental, del imperio románico al que pertenecemos.

Las notas peculiares de la Argentina conciliaban muy bien con la experiencia de otros países, pero señaló las diferencias provenientes de los diferentes puntos de gravitación de sus estructuras sociales.

La utopía de América es su profesión de fe sin más: a los enfermos de mesianismo americano advirtió sobre las limitaciones y las insuficiencias de expresiones tajantes, espoleadas por un americanismo más sentido afectivamente que pensado racionalmente, y más esgrimido contra otras formas de cultura —contra otras formas de política, mejor— que hecho deber moral por su condición de nativos.

A los que pregonan la reivindicación de la cultura llamada indígena —aun en pueblos donde la tradición indígena ha dejado de existir o está en vías de extinción—; a los que imponen el color criollo a toda cosa en América, como a los que sueñan con toda cosa importada de Europa, Henríquez Ureña les señala sus justificaciones, pero también sus limitaciones. Sería insensato creer que una forma de cultura puede elaborarse con ignorancia o desdén de otras formas con las que se halla en comunicación, según pregonan los adeptos a un nacionalismo cerrado, prontos a creer que el mundo nació con ellos. Pero advirtió sobre la necesidad de cultivar el *nacionalismo espiritual*, que nada tiene que ver con el nacionalismo político, sólo justificable, ocasionalmente, como defensa del sustancial, que es el cultivo de los matices originales de cada pueblo, de cada región; matices originales por nacimiento o por adaptación de formas ajenas. En países de tradición viva, como México, como Perú, o en países de vida intensa, como Cuba, el problema de la expresión original es problema de integración; en países donde no existe tradición con vigor suficiente, el problema es de adaptación. En ninguno de esos casos, repetía Henríquez Ureña, puede hablarse de descastamiento, sino de concepto de la universalidad de la cultura. La nota original de cada pueblo, de cada región, no puede ser inventada concediéndoles jerarquía a expresiones inferiores, localistas, confundiéndolas con los valores expresivos de una forma cultural; ni cabe imponerla enfrentándola a formas culturales ajenas, porque la cultura es signo universal, hecho de unidad y de continuidad y en ningún momento puede herir la energía nativa de los pueblos que realmente la poseen.

Así advierte Henríquez Ureña que hay un matiz americano en la cultura y que, para cultivarlo, todo aislamiento es ilusorio: "La historia de la organización espiritual de nuestra América, después de la emancipación política, nos dirá que nues-

Una suscrición al
"REPERTORIO AMERICANO"
la consigue Ud. en Chile, con
GEORGE NASCIMENTO y Cía.
Santiago, Casilla Nº 2298

En El Salvador, con el
Prof. Ml. VICENTE GAVIDIA
En el Liceo Santaneco.
Santa Ana.

tros propios orientadores fueron, en momento oportuno, europeizantes: Andrés Bello, que desde Londres lanzó la declaración de nuestra independencia literaria, fué motejado de europeizante por los proscriptos argentinos veinte años después, cuando organizaba la cultura chilena; y los más violentos censores de Bello, de regreso en su patria, habían de emprender a su turno tareas de europeización, para que ahora se lo afeen los devotos del criollismo puro", recuerda desde las páginas de *El descontento y la promesa.*

El camino de la expresión original es uno solo: el afán de perfección, la cultura dada efectivamente a todos, limpia y pura, y el ideal de justicia, inseparable del ideal de cultura.

Estas fueron las bases, bases primordiales, esenciales, sobre las que afirmó su casa de prédica en busca de la Utopía de América como patria de la justicia, tendida hacia la unidad espiritual y hacia la unidad política: unidad no para crear entidad en el aislamiento, sino para ofrecer al mundo ejemplo de un nuevo mundo, una magna patria que realice la emancipación del brazo y de la inteligencia.

Y esta casa de prédica no estaba edificada sobre ilusiones vagas o sobre vagos postulados: la ilusión está en creer —decía Henríquez Ureña— que la utopía de la magna patria puede ser realizada por el esfuerzo de unos pocos y en breve tiempo: antes, por lo contrario, es aspiración de larga mirada y crecido esfuerzo, pero es aspiración sana.

Cuando escribió *La utopía de América* creía firmemente en ella; ni el escaso número de oídos que escucharon ni los desasosiegos que después vinieron fueron estorbos para la integridad de su fe: como hombre puro, no hizo traición a sus ideales.

En el desconcierto mental de nuestra América de hoy, la lección de Pedro Henríquez Ureña es la que mejor puede guiarnos como ejemplo del buen americano, el que no ha renunciado a crear la patria de la justicia.

(1) Alfonso Reyes, *Evocación de Pedro Henríquez Ureña,* Letras de México, año IX, Nº 125, julio de 1946.
(2) *Ensayos críticos,* La Habana, 1905.
(3) y (4) *La utopía de América,* Buenos Aires, 1925.
(5) *Seis ensayos en busca de nuestra expresión,* Buenos Aires, 1928.
(6) *Palabras americanas en la despedida de un buen americano,* Claridad, Buenos Aires (1940).



Esta es la columna miliaria del *Repertorio Americano.*

En ella inscribimos los nombres de los suscritores y amigos que por años, hasta el final de sus días, lo recibieron, lo estimaron y colaboraron.

¡Promotores de Cultura fueron!

La vocación hispánica y la filosofía

Colaboración del Dr. *José GAOS*

En los pueblos hispánicos vienen sucediéndose las manifestaciones del afán de llegar a tener una filosofía propia. Si no cupiera hacer remontar estas manifestaciones a las *Ideas* en que Alberdi trazó el programa de la filosofía propia de los pueblos *americanos,* no cabe duda de que se puede hacerlas remontar al programa, también, de una filosofía en que se lee el famoso 'yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo". Hasta llegar a esta "filosofía del mexicano" que constituye la actualidad de la vida intelectual mexicana: los jóvenes agonistas de ella piensan que la filosofía del mexicano en el sentido de tomar a éste por objeto, es la más segura promesa de una filosofía del mexicano en el sentido de original de éste.

Es evidente que semejante afán tiene por supuesto este par de ideas: que los pueblos hispánicos aún no tienen una filosofía propia y que deben tenerla. Cada una de estas dos ideas implica a su vez otra: la primera, que los productos del género filosofía que no deja de haber en los pueblos hispánicos no alcanzan el valor de una filosofía original; la segunda, que la filosofía es la flor o el fruto culminante de la cultura.

La falta de una filosofía original en los pueblos hispánicos no puede atribuírse sino a una falta de vocación de estos pueblos, en el doble sentido del interés y de la aptitud, para la filosofía —tal cual se la ha concebido y hecho predominantemente a lo largo de su historia. Y, efectivamente, es una manera de pensar muy difundida la que viene a poner la vocación de los pueblos hispánicos en disciplinas o sectores de la cultura como la teología, en un extremo, y la literatura y el arte en otro, con exclusión expresa de la ciencia matemática y natural de la filosofía científica. En medio de esta general ortodoxia no falta alguna singularidad heterodoxa, a pesar de deberse a personaje tan poco herético en todo lo demás como Menéndez Pelayo: quien dió alguna vez, por explicación de la decadencia de España, la falta de interés de los españoles por lo especulativo y abstracto, movidos exclusivamente del interés por lo concreto y práctico a que dan peculiar satisfacción las ciencias naturales más aplicables y aplicadas. Lo más real parece ser que a los hispánicos no les interesan suficientemente ciertos objetos, los puramente ideales y los naturales, ni ciertos métodos, los matemáticos y los experimentales, sino preferentemente otros objetos, los "trascendentes" y los humanos, y otros métodos, entre los cuales se encuentran algunos que no son literarios o artísticos, sino tan intelectuales y discursivos, si no se quiere decir científicos, como los de la teología y el derecho.

Ahora bien, supuesta semejante vocación, se explica la falta de una filosofía original en los pueblos hispánicos, si, por otra parte, se toma en consideración la evolución de la filosofía a lo largo de los tiempos modernos: a lo largo de estos tiempos parece innegable el predominio de la coyunda de la filosofía con las ciencias matemáticas y naturales y sus objetos (1). Mas he aquí que desde los comienzos mismos de la restauración de la filosofía en superación del positivismo, parece predominar, y crecientemente, un maridaje bien diverso de la filosofía: con las ciencias humanas y sus objetos, entre los cuales se encuentran los de los sectores de la cultura constitutivos de la vocación hispánica, desde los religiosos hasta los artísticos. Hasta llegar al caso Sartre, que resulta de una importancia quizá no vista aún para este tema de las relaciones entre la vocación hispánica y la filosofía. Antes de este caso dominaban, sin dejar resquicio ni siquiera al atisbo y el conato contrarios, la idea y el sentimiento de la incompatibilidad psicológica y social del ejercicio y profesión filosóficos con los literarios. Razón muy fundamental y efectiva de la curiosa desvalorización, como "literatura", de la producción filosófica de los máximos "pensadores" hispánicos, con quienes coinciden los máximos escritores de la lengua española desde los siglos de oro. Mas ahora, ante el caso Sartre, ¿qué decir? ¿qué pensar? No es que *El Ser y la Nada* no sea menos filosófico que *El Ser y el Tiempo;* es que la novela y el teatro de Sartre tampoco son menos filosóficos que los opúsculos en que viene desgranándose el autor de *El Ser y el Tiempo,* pero en cambio son mucho más literarios y artísticos que incluso aquellos de los mentados opúsculos que versan sobre la poesía y el arte. Va a haber que llegar no sólo a pensar, sino a decir que el *Proteo* es una filosofía de la vida, no en el sentido *biológico* de Bergson, sino en el sentido *humano* de la "filosofía de la vida" y de la existencialista, *avant la lettre* sin duda, pero por ello mismo tanto más original, valiosa, sorprendente, a la que el estar escrita tan literariamente como lo está no le perjudica nada, sino todo lo contrario, es lo único que le permite lograr la plenitud expresiva de su tema. Y cosas análogas, de otros "pensadores" desde el

(1) —¿Y la falta de participación digna de nota, salva la figura de Lulio, de la España cristiana en la filosofía medieval? En la filosofía medieval como filosofía de los tiempos medievales, sí; en la filosofía medieval como filosofía al servicio de la teología del cristianismo y de la Cristiandad, la participación de la España cristiana tuvo lugar con retraso, pero con qué nota más digna: en los siglos XVI y XVII. El retraso podría explicarse por la singudar situación de España dentro de la Cristiandad en los tiempos medievales.

Plata hasta el Anáhuac. De los de la meseta castellana, ya se dice repetida y altamente en Europa.

Mas no se trata simplemente de que la evolución de la filosofía en los últimos tiempos mueva a revalorar a los "pensadores" hispánicos en un sentido mucho más favorable a su valor filosófico *realzado* por el literario. Lo más importante entre todo aquello de lo que se trata son las perspectivas abiertas por esa evolución al afán de una filosofía original de los pueblos hispánicos. A los jóvenes para quienes únicamente tal empresa futura está guardada, parece que hay que decirles: "Ha llegado la hora. Ahora, realmente, o nunca". Nunca llegarán los pueblos hispánicos a tener una filosofía original, si no llegan a tenerla ahora, justo la hora y punto de la historia en que la filosofía misma ha venido a maridarse con las disciplinas, los sectores de la cultura, los objetos de la secular vocación cultural de los pueblos hispánicos. Si la filosofía del hombre, la filosofía de la religión, la filosofía de la literatura y del arte y la literatura —en el sentido del arte literario— filosófica no son campos que se dediquen a cultivar en forma capaz de levantar en ellos cosecha original los jóvenes hispánicos que se vivan animados, no de una simple veleidad, sino de una auténtica vocación filosófica, no hay, sencillamente, absolutamente, campo para la filosofía de que se siente afán.

A menos que alguno de esos jóvenes no prefiera plantearse y estudiar el problema del que, en el fondo, en el último, en la raíz misma, depende todo lo anterior: porque esto de que la filosofía sea la flor o el fruto culminante de la cultura, sin duda muy recibido, pero ¿justo?... Acaso la mayor originalidad reservada a un futuro filosófico o hispánico fuera revisar de raíz la *valoración* tradicional de la filosofía, lo que parece implicar una revisión no menos radical de la *concepción* misma de la filosofía.

México, D. F. 1953.

Paterna voz

(Envío de *H. T.*, en México, D. F., 1953)

Marmorino poema que el poeta erige en honor de su padre, don *Ambrosio Ramírez*, humanista potosino, traductor de clásicos, quien dejó claro renombre en las letras de San Luis Potosí.

(Nota de *H.T.*)

Hoy digo de tu sombra,
que me sigue los pasos, prisionera
del labio que te nombra,
desde que tu postrera
voz me ciñó como una enredadera.

Vive tu voz prendida,
en frenesí de constrictores lazos,
al árbol de la vida,
como si tus abrazos
no quisieran soltarme de tus brazos.

Fluvial abrazo el tuyo,
que por todas las partes me circunda;
que con un manso arrullo
mi estéril vida inunda
en rumor de consejo, y la fecunda.

No quiero desasirme
de tu voz, que me lleva de la mano
—hábil de conducirme—
por el camino llano
cubierto de verdor siempre lozano.

Donde jamás se agota
la vena pura del amor más alto;
en el que no hay derrota,
ni el Bien en sobresalto
siéntese nunca, ni de fuerza falto.

Arribaré a la muerte
de mano de tu voz, de tal manera
que he de sentirme fuerte
para dejar la era
donde sus rosas da la primavera.

No abandono; desgarro
será de mis cariños separarme;
mas, al trizar mi barro
la muerte, ha de otorgarme
en tela de tu voz amortajarme.

Si ya no tu presencia
es el mejor ornato sobre el globo;
si ya de tu conciencia
no disfruto el arrobo,
iré a la muerte a reclamarle el robo.

Cual torreón cimero,
que atalayaba mi horizonte oscuro,
como roble altanero,
cual elevado muro,
viniste a tierra, en plenitud maduro.

Tu derrumbe —derroche
de tu propia encumbrada fortaleza—
hizo en torno la noche,
y al faltar, tu grandeza,
midió la magnitud de mi tristeza.

Tu muerte fué cual fruto
desprendido del tronco de tu vida,
que minuto a minuto,
fué acendrando la henchida
poma que me donaste en tu caída.

Ninguna abeja labra
más pura y grata miel que la que pude
gustar en tu palabra,
a la que el alma acude
porque a impregnarse en su dulzor le ayude.

Mas ¿cómo medir puedo
todo lo que perdí con tu partida?
¡Cómo tuve denuedo
para sufrir la herida
y no dejar, en el sufrir, la vida!

Sólo tu voz penetra
por cada poro de mi ser, me cubre
con su cantada letra
que el yerro me descubre
y me aparta del légamo insalubre.

Cabal fué su enseñanza,
a la que el ritmo del vivir ajusto:
huir la destemplanza,
de la envidia el regusto,
y oír al sabio, y acatar al justo.

Nadie, sobre la tierra,
puede darme mayor sabiduría.
Perfecto ciclo cierra
tu voz, que persuadía
de hallar en la pobreza la alegría.

No indujo en el engaño
de que se halle la dicha en la bonanza;
mas si la tierra es daño,
la paz y el bien alcanza
quien mantiene en vigilia la esperanza.

Pues tanto reverencio
tu voz, que, enmudecida, más me nombra,
cuando el final silencio
tienda a mi pie su alfombra,
tu voz me seguirá... ¡como mi sombra!

Manuel RAMIREZ ARRIAGA.

Martí, tema de América

Por *Guillermo CABRERA LEIVA*
(En *Rep. Amer.*)

Ahora se han cumplido noventa y ocho años del nacimiento de José Martí, como quien dice un siglo. Ya debíamos los americanos de iniciar los trabajos para conmemorar una centenario de esta clase, como cuadra a tan alto exponente del pensamiento americano, y al genial y desinteresado escritor que diera su vida por la libertad y el decoro de su tierra.

Todavía no se han puesto de relieve, convenientemente, todas las facetas del gran cubano. Una de ellas, tal vez la más útil y necesaria en los días que corren, es su manifestación americanista. Es la veta más rica de cuantas forman su personalidad, porque es la mejor cultivada y la más amplia y honda. Martí americanista, es decir Martí mismo. Tal vez no sea exageración agregar que fué tanto o más americanista que cubano, pese a que Cuba simbolizaba para él un bien sumo en lo más profundo de su espíritu.

Martí pasa la mayor parte de su vida fuera de Cuba. Y ésta es una de las más incomprensibles paradojas de aquel visionario. Hablaba y escribía de los motivos cubanos con un estilo y una gracia típicamente cubanos, aunque nadie en Cuba haya escrito como Martí hasta entonces. Había absorbido, tal parece, lo más legítimo del carácter cubano, y a ello añadía un señorío propio y una aristocracia en el decir que nadie ha superado hoy en América. Así podemos considerarlo como el iniciador del sentimiento americanista en Cuba, puente que va a entrelazar los valores de la gran Antilla con las cosas del resto del continente, y a salpicar su lenguaje con giros tomados de todos los vocabularios americanos.

Su estancia en los Estados Unidos, que alcanza a tres lustros, es bastante para infiltrar en su cultura lo más alto de la literatura norteamericana. Y en este aspecto, como en lo que dejamos dicho, nada de lo norteamericano aminora en Martí su cepa cubana, ni detiene su inclinación hacia lo del terruño. A veces confunde la persistencia de Martí en lo cubano, y mucho más cuando lo vemos amar a toda la América con su solo corazón, derramando en sus artículos y discursos el alma entera de su América, y acercando al indio y al negro, y al norteño y al meridional, en un solo haz de sentimientos fraternales.

El americanismo de Martí, pese a ciertas manifestaciones en contrario, cubre todo el hemisferio occidental. Bien distinguía él, en medio de sus temores anti-imperialistas, que la nueva civilización levantada del lado acá del Atlántico era el segundo refugio de la libertad, hollada y escarnecina en las naciones del viejo continente. Y si bien escribió párrafos amargos contra las pretensiones expansionistas de los politiqueros del Norte, también dejó en sus más finas páginas el respeto y la veneración hacia la herencia democrática norteamericana, y repitió mil veces su elogio de la educación y la tolerancia observadas por él en aquella tierra.

Un americanismo parcial no era del gusto de José Martí. ¿Cómo había de serlo para un hombre de categoría superior, que amaba el alma de los hombres sobre todas las cosas, y no advertía en ellas ni sangre

ni color? Combatió lo que hoy combatiría todo hombre honrado, y aplaudió las mismas cosas que hoy continuamos aplaudiendo.

El gran lastre del americanismo triunfante consistía en la tradición decadente europea, según se desprende de la obra escrita de Martí. Aquella tradición "aldeana y podrida" era la única que merecía nuestro desprecio, y por la que bien valía la pena quemar los más nobles esfuerzos en destruír. En la nueva tierra de Colón había, según Martí, todas las virtudes necesarias, y todas las inteligencias capaces de hacer la vida noble y digna. Y solamente buscando fórmulas que partieran de la propia experiencia americana sería viable una puerta hacia el progreso y la prosperidad.

Amador incansable de todo lo bueno y lo bello, Martí no se fatiga en manifestar su hastío por las materiales circunstancias que lo rodeaban. Vivía como un prisionero, como un "león enfrenado", según apunta en unos versos libres, ansioso de sacudir para siempre aquella prisión mezquina que le ataba sus interiores alas poderosas. Obraba, sin embargo, confiado y sereno, pues

"Ya no me importa que la frase ardiente
muera en silencio, o ande en casa oscura,
amo y trabajo: así calladamente
nutre el río a la selva en la espesura..."

University of Miami, 1951.



Carta abierta

(En *Rep. Amer.*)

Cali, abril 14 de 1953.

Señorita
Gabriela Mistral.
Santiago de Chile.

Excelentísima mujer y poeta:

Enterada por la revista *Pro-Paz* (Nº 5), que se edita aquí, del Congreso de Intercambio Cultural, próximo a reunirse en la ciudad de Santiago, y de vuestra presencia en tan significado evento, complacida me inclino ante la embajadora de la paz, porque vos, mujer y poeta, ante todo, representáis para el mundo civilizado, la bandera blanca, que sólo les es dado enarbolar a aquellas manos circunspectas!

Vos habéis dicho a través de vuestra gloriosa *Palabra Maldita* —palabras desde ahora recogidas por la historia— que para alcanzar la paz no se le debe temer a "eso de la echada". ¡Valiente palabra, Gabriela!

Yo también he sido más de una vez señalada de filo-comunista, lo que en buen castellano se llama tener criterio propio, ¿verdad?

El vocablo Cultura, por su significado tan hondo, tiene ramificaciones con esos dos —bajo todo punto de vista inmensamente grandes—: ¡Libertad y Civilización!

Pues, ¿cómo se concibe la idea de que un individuo pueda desarrollar su inteligencia si al mismo tiempo se le cohibe hasta el derecho de opinar?

Pregunto yo: ¿Podrá haber civilización interponiéndose la fiereza?

A esta hermandad de vocablos me atengo para confiar en los honorables delegados al Congreso de Intercambio Cultural, y más tratándose de que en dicha nómina figuran nombres ampliamente conocidos no sólo en el mundo de las letras ya que sus actuaciones anti-bélicas, los han colocado con sobrado derecho en el campo de humanistas.

Pasar desapercibido ante cualquiera de los hechos relacionados con la cultura ya sea referente a la Ciencia o a las Artes (incluyendo en esta última a la Política) o dejar de enjuiciarlos, equivale llanamente a desfigurar el significado de dicha palabra.

Por todo ello, considero que hoy día, la idea, debe de estar fija en el más limpio tema: ¡el tema de la paz!

Pero óiga, mi querida y respetada Gabriela:

Al referirme a la paz, no quiero ni puedo limitarme a la deseada paz del Lejano Oriente; porque si nos atenemos al viejo adagio de que: "La caridad debe de empezar por casa", ¡cuidado... no vaya a ser que no tengamos tiempo para mirar hacia más lejos!

Sí, quiero aprovechar este mensaje para recordar por medio de la mujer —de cabeza titania y corazón altruista— a nuestros hermanos —hermanos ligados por una misma fé— reunidos hoy en la tierra de Caupolicán —para empézar por los más valientes— la tierra de O'Higgins, la tierra de Lastarria, de José Joaquín Vallejo, Eugenio González, de la gran Lucila Godoy, de Neruda y de tantos otros demócratas, recordar, digo, ¡que en este rincón de América también estamos en guerra!

¡Quién lo creyera!

Los hijos espirituales de Francisco de Paula Santander, estamos sojuzgados por una vil dictadura, sólo comparada a la que soporta nuestra hermana mayor —por orden de alumbramiento— la que, hasta hace algunos años fué llamada con orgullo, República de Santo Domingo!

¿Comprobáis, hermanos, lo anotado arriba?

¿Que las palabras Cultura, Libertad y Civilización son en esencia una sola? y que, repito: pasar desapercibido ante cualquiera de los hechos relacionados con la Ciencia (la bomba atómica) o las Artes (incluyendo en esta última a la Política) o dejar de enjuiciarlos, equivale llanamente a desfigurar el significado de dicha palabra?

De allí que los pueblos sojuzgados de América, deseen vivamente, que la labor del Congreso sea creadora; que vuestro guía sea la Justicia en la extensión de la palabra!

Quiera el destino que lo que no han podido hacer los representantes (si no de la voluntad popular de sus países, por lo menos de sus gobiernos) reunidos en lo que un sabio colombiano denominara *Concierto* de las Naciones Unidas, lo realicen ustedes, señores delegados al Congreso de Intercambio Cultural.

El vaticinio es claro:

1º—Los delegados al Congreso no son accionistas de las grandes fábricas de armamento ni serán capaces de venderse a sus propietarios; y

2º—Que las proposiciones presentadas en dicho Congreso no estarán sometidas a la voluntad de ningún gobierno.

Las mujeres de Colombia, os admiramos, Gabriela:

Para nosotras —hablo en nombre de la mujer sensata— no ha terminado vuestro reinado de Grandezas; por vuestrs obras, seguiréis siendo la Mujer de América!

Los niños de Colombia os aman, Gabriela:

Piesecitos de niño,
azulosos de frío,
¡cómo os ven y no os cubren?
¡Dios mío!

Piesecitos heridos
por los guijarros todos,
¡Ultrajados de nieve
y lodos!

El hombre ciego ignora
que por donde pasáis
una flor de luz viva
dejáis;

que allí donde ponéis
la plantilla sangrante,
el nardo nace más
fragante.

Sed, puesto que mostráis
por los caminos rectos,
heroicos como sois
perfectos.

Piesecitos de niño,
dos joyitas sufrientes,
¡cómo pasan sin veros
las gentes!

Los indígenas de Colombia —los paeces y coconucos de las montañas del Magdalena y Cauca; los guajiros, los guaipunabos del Orinoco y los jayagenes del Amazonas, os veneran Gabriela, repiten con los araucanos, vuestra excelsa canción, por-

que —según ellos— vos habéis cantado para el indio de América:

Que he de dormirme en ella los hombres
[no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma
[almohada.
Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.
Luego iré espolvoreando tierra y polvo
[de rosas,
y en la azulada y leve polvoreda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.
Me alejaré cantando mis venganzas
[hermosas,
¡Porque a ese hondón recóndito la mano
[de ninguno
bajará a dispuñar tu puñado de huesos!

Los campesinos de Colombia —hoy en éxodo— os invocan a diario, Gabriela!

Arbol hermano, que clavado
por garfios pardos en el suelo,
la clara frente has elevado
en una intensa sed de cielo:
hazme piddoso hacia le escoria
de cuyos limos me mantengo,
sin que se duerma la memoria
del país azul de donde vengo.
Arbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia:
haz que revele mi presencia,
en la pradera de la vida,
mi suave y cálida influencia
sobre las almas ejercida.
Arbol diez veces productor:
el de la poma sonrosada,
el del madero constructor,
el de la brisa perfumada,
el de las gomas suavizantes
y las resinas milagrosas,
plenos de tirsos agobiantes
y de gargantas melodiosas:
hazme en el dar opulento.
¡Para igualarte en lo fecundo,
el corazón y el pensamiento
se me hagan vastos como el mundo!
....
Arbol que no eres otra cosa
que la dulce entraña de mujer,
pues cada rama mece airosa
en cada leve nido, un ser:
¡Dame un follaje vasto y denso,
tanto como han de precisar
los que en el bosque humano —inmenso—
ramas no hallarán para hogar!

Los campesinos de Colombia, perseguidos hoy día, exclaman: ¡Hosihanna, Gabriela!

Ya veis, Gabriela, ¡cómo el campesino de Colombia se hace presente!

¿Cuál será el que se dirige a la "Santa Hortelana"?

¿Será acaso el de la montaña antioqueña, de quien Isaacs dijera en su inmortal *Canto a la Tierra de Córdoba*:

Y tus colonos van de cumbre en cumbre
al Septentrión y al Sur,
Segando vastas selvas bajo dosel de nubes;
vigor es su derecho, y su alma la seguir.

¿O será algún santandereano? Quizá del Rosario, ¡Tierra de Blasones!, Salazar de las Palmas, Ocaña, Charalá ¡la Tierra de los Comuneros, cuna de José Antonio Galán y de Antonia Santos!

De Boyacá, ¡ah! O de este Valle del Cauca convertido hoy en un valle de lágrimas...? ¿O tal vez, Gabriela, os habla un llanero?

¿Sabéis lo que significa para Colombia un llanero? ¡Lo que el gaucho para Argentina!

—La imagen del desierto en que vive y su lucha eterna contra una naturaleza feroz y grandiosa —ha dicho Vergara y Vergara— han creado en aquella población un carácter originalísimo.

El llanero es el único pueblo entre nosotros —agregó el distinguido escritor— que tiene su poesía especial que nunca abandona. Cuatro veces ha salido el llanero a las ciudades a defender las leyes. En todas ha vuelto alborozado a sus pampas.

Aunque el autor de *Las Tres Tazas* se refería a su época, podéis estar segura, Gabriela, que el llanero de hoy, a pesar de las vías de comunicación con que cuenta la más grande extensión de tierra que pueda tener otra región de Colombia, el llanero sigue alucinado en sus pampas, sus caballos y su poesía: ¡su galerón!

Ese campesino que os habla a través de mi mensaje, ese campesino sano material y moralmente, por el solo hecho de haber se convertido en barrera, para impedir el paso a la turba del gobierno, ha sido denigrado con el nombre de "bandolero".

¿Bandoleros los llaneros?

¡Qué blasfemia!

Vos, que habéis dicho en exquisita prosa: Habla a tus hermanos en la penumbra de la tarde... ¡Tenéis la palabra, Gabriela!

Respetuosamente,

Eneida RESTREPO.

La lección perdurable

(Es copia de una carta inédita al señor *J. García Monge*, de noviembre 17 de 1930).

Mi querido Jota:

Cuidadosamente he considerado el principal contenido de su carta incluída en el folleto de D. Ricardo. Mis palabras no son, pues, una improvisación, sino el resultado de una experiencia bien digerida aunada a un ferviente deseo de éxito para usted y bien para su país y su nombre.

Su deber es aceptar la diputación si se la ponen en las manos. Pero debe tener entendido que ella es la antesala de otros cargos públicos en serie y carrera, llena de provecho y de honor o la capilla donde usted verá morir no ya sólo la quietud de su vida de estudio, sino las cosas que usted más ama.

De allí que me apresure a decirle: Vaya con la *firme*, inquebrantable resolución de no entrar en camarillas de ninguna clase, de no comprometer su voto anticipadamente, rechazando franca, lealmente toda tentativa para ponerle en línea en favor o en contra de un proyecto, cualquiera que él sea. Aunque un estudio detenido lo lleve a pensar que el proyecto es malo, no se comprometa a votar en contra de él. Coopere con su palabra y su voto, pero que nadie tenga el derecho a decir que lleva su firma en el bolsillo. Así es como los bastardos del alma hacen oscuras negociaciones. Sea su empeño hacer luz en las cuestiones de interés nacional. No olvide un instante que la Cámara es una alta tribuna de educación popular. Cuando hable que sea para educar y como si usted no se diese cuenta de ello para que le llamen magister y profesor. Cuando vote que no sea para complacer a su colega Alfa o Beta, sino para resolver cuestiones de su patria. En la Cámara suelen los hombres empequeñecerse precisamente porque pierden de vista el horizonte de su patria para mirar el pequeño círculo de complacencias del momento. Economice trescientos dólares y hágales tabú para lo que no sea el viaje de destierro en cualquier momento. Eso le dará la seguridad de una absoluta independencia política. No sea soldado ni líder. De esa suerte el país tendrá confianza plena en usted. Los soldados ajenos mirarán su actitud y buscarán su enseñanza. Los líderes, viento esto, le guardarán toda clase de consideraciones. Buscarán su alianza. Encontrándole inflexible en su resolución de no atarse a nada le desdeñarán si pueden, pero lo probable es que le teman y lo dejen tranquilo. Informaciones graves no las reciba verbalmente para hacer uso de ellas. Guárdese de los malvados que suelen emplear esos medios. Que le escriban sobre su firma lo que denuncian. Repase las figuras de algunos diputados de otras épocas, de quienes usted hubiera esperado algo. Nada hicieron porque se anularon a fuerza de compromisos dentro de la Cámara. Los compromisos de fuera de la Cámara hacen enemistades. Siempre hay intereses contrarios. Inaugure la costumbre de los memoranda: toda comisión de pueblos o todo negocio más o menos privado que quieran encomendarle debe dejársele escrito, *para su archivo que deberá ser su resguardo siempre*. Guárdese de los que se hacen encontradizos y le hablan como por acaso del asunto que más les interesa. No haga uso jamás de esas informaciones así recibidas: suelen estar emponzoñadas.

Todo esto lo sabe usted tan bien como yo. Pero es acto de amor fraternal recordárselo. No cumpliría yo mi deber si me callase.

Con recuerdos de todos para todos, suyo como siempre.

R. BRENES MESEN.

Evanston, Ill. U.S.A.

Agencia del *Repertorio Americano*
en Guatemala, *C. A.*:
LIBRERIA MINERVA
5ª Avenida Sur Nº 29 B.

STECHERT-HAFNER, Inc.
Books and Periodicals
31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.
Con esta Agencia puede Ud.
conseguir una suscrición al
Repertorio Americano

Páginas de Rogelio Sotela

(*En el 10º aniversario de su muerte:* 13 *julio* 1943)

(Envío de doña *Amalia de Sotela*)

LEYENDO A PLATON...

Para ti, Amalia,
que en el nombre llevas
las letras de alma.

Después que hemos leído juntos a Platón me he quedado frente a ti, mirándote, y he visto como en una ojiva el radioso esplendor de una estrella. Mi corazón se asoma a tus ojos y mira allí el contorno armonioso de la palabra Amor.

Amor es lo bello buscando lo bello; Amor es la idea suprema del bien; Amor es la adquerencia de lo bueno para el sér; Amor es felicidad; Amor es identidad, continuidad de pensamiento. Platón hubiera embellecido más sus páginas si hubiera estado frente a ti, que eres Amor, que eres Sabiduría, que eres Belleza!

Mi corazón se asomó al tuyo como a una ojiva y vió el contorno armonioso de la palabra Santa. Tú lo eres todo, Amalia; tú lo tienes todo, hermana; tú lo serás todo, amada! Junto a ti se hace noble la vida y se sutiliza todo.

¡Quién hubiera nacido el día del dios Apolo; quién fuera tocado en los labios por las abejas del Himeto para cantar en tu loor! Emoción inexplicable y honda das tú a quien te vela amándote. ¿Cómo explicar ese momento de sensación pura que procuras? ¿Oíste alguna vez una melodía de Beethoven o una sonata de Bach, cerraste las pupilas soñadoras y sentiste una ablución angélica? Al pie del altar, sumida el alma en Dios, cuando se alzaba la hostia para ti, ¿oíste el trémolo del órgano enredado en las gasas del incienso?

¡Exaltación purísima de lo interno, de lo eterno, de lo grande, de lo único verdadero que existe: Amor!

Se siente venir a los ojos un dulce lloro y la voz quiere subir a la garganta para decir a tu oído ¡Amor, Amor! ¡Y tener entre las manos el óvalo puro de tu rostro y mirar una eternidad en tus pupilas! ¡Y sentir que la vida se refiere a ese momento, mientras el corazón se precipita y las manos oprimen otras manos, y el labio febril, suspende el alma en un beso puro; se queda así frente a ti! en un éxtasis celeste, en una emoción única y santa.



Rogelio Sotela
(Visto por *Noé Solano*)

*

LECTURA INTIMA

Como todas las noches,
leíamos los dos.
De pronto vi que se dobló su cuello
—tal como se doblara alguna flor—
y rendida quedó sobre la mano
que apoyaba al sillón.
La vi con tan serena mansedumbre
que tuve la impresión
de que si suspendía la lectura
que hacía en alta voz,
despertaba del sueño en que, rendida,
quedó como una flor.
Y porque no saliera de su sueño
seguí entonces leyendo en alta voz
las líneas que seguían
del libro de Platón:
"Es amor verdadero
el que está en la suprema comprensión,
cuando del propio fondo de las almas
se levanta su imagen hasta Dios".

EPISTOLAR

Hace días que estoy en la montaña
viendo cómo la tierra se complace
en ser la madre buena de las cosas.
Se comprende mejor a Dios y se abre
el espíritu, en estas soledades,
de tal modo, que siento más, como hombre,
lo que hay en mí de grande.
Sólo tú me haces falta,
a pesar de que Dios está constante
en mí y entre las cosas de este campo;
siento que tú no me acompañes.
A veces me parece que en la más alta loma
va a asomarse
tu cabecita sonreída y buena.
¡Sobre la loma sólo bate
el viento los árboles copudos
y no se asoma nadie...!
Miro por el camino que se pierde
en constante ondularse
y en el último claro del sendero
que en la loma se parte
me parece que has de aparecerte
con tu silueta grácil,
así como tú eres, toda tenue,
suave y espigada, como un ángel.
Pero por el camino sólo pasan
las hojas de los árboles, que caen;
y a veces un callado campesino
que raya el melancólico paisaje.
Mas me obstino en que has de ser tú, [Amalia,
la que llega a buscarme
y me quedo mirando... hacia la loma...
donde tu imagen buena se deshace.

*

(*Pase a la página final*)

✖

A BORDO DEL ORIANA

Nada más que silencio, nada más que vacío...
Arriba el cielo gris y abajo el mar bravío;
por todas partes miro sólo la inmensidad.
Sin embargo, lo llena todo mi pensamiento:
busco tu voz y no hallo más que la voz del viento,
busco tu compañía y hallo la soledad.

¿En dónde está la amada comprensiva y serena
que en toda cosa pone su mano nazarena,
la buena amada mía que me libra del mal?
Dónde están los gorriones que crió nuestro anhelo,
aquél en cuyos ojos quiso prenderse el cielo,
y aquél que ríe con su pícaro hoyuelo
y aquel otro en cuya alma vive ya el ideal?

¿Dónde están mis cariños,
dónde la madre santa que a los inquietos niños
da toda su ternura al darles su canción?

El viento huracanado y la lluvia han traído
una angustia infinita. Todo se ha confundido
y te veo en la bruma de la gris extensión...

Me parece que vas a surgir y digo: ¡Ella!
Pero es solamente que despunta una estrella
y no es bella la estrella si en ella no has de estar.
Sigo de pie en la proa viendo la lejanía
y al querer que tú vengas a hacerme compañía
siento como si fueras a surgir de entre el mar.

Y me quedo mirándote e invocándote a solas
mientras que contra el barco van rompiendo las olas
sin que el viento me traiga la gloria de tu voz.
Entonces me recojo y dentro de mí mismo
te miro como un ángel.
Y parece el abismo
lleno de dos imágenes: la tuya y la de Dios.

Ricardo Rojas, maestro de Argentina

Colaboración de *Dora Isella RUSSELL*

"El mataquito", decíale Absalón Rojas a Ricardo, el más moreno y aindiado de sus hijos y el mayor de ocho hermanos, que contaba diez años al morir su padre —ese prohombre que empeñosamente fundara cien escuelas en la provincia de Santiago del Estero. Su joven viuda, como en una estampa antigua, repartía entre los niños alimento y enseñanzas, mientras les cosía las camisas; infancia pobre en bienes, pero rica en inquietudes y sueños. Ricardo Rojas no olvidó nunca el sacrificio y la abnegación de su madre —su madre, de la misma estirpe moral que la de Sarmiento— y poco después de la muerte de aquélla, en 1950, evocaba con ternura y reverencia su entereza en los años difíciles:

Arbolitos de mi tierra
crespos de vainas doradas
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia.

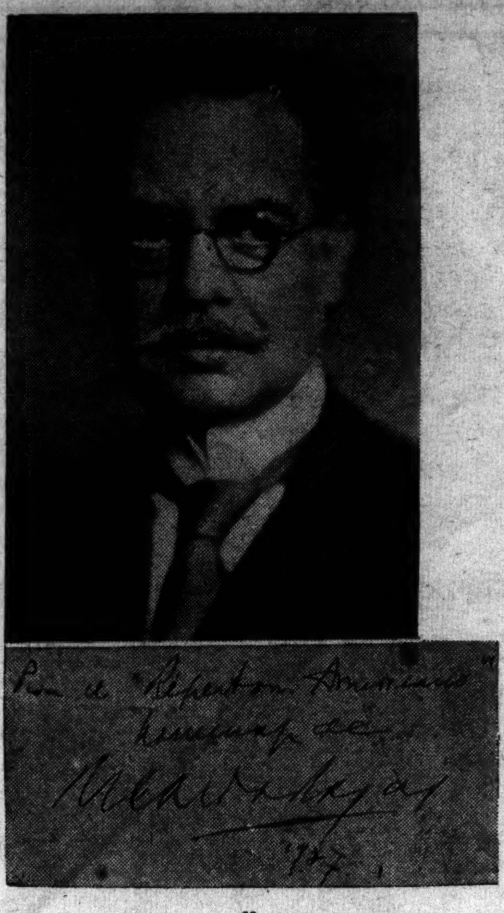
Y dice bien, pues a los trece años el verso ya le ardía en los labios. Fué su camarada, su compañero de ruta. Y en la adolescencia, como ascua sobre el pecho. Había nacido en Tucumán, pero en Santiago del Estero transcurrió su infancia; hizo allí sus primeros estudios, y cursó el Colegio Nacional. Empero, vibrante, nervioso, muy pronto abandonó el sosiego provinciano, atraído por las posibilidades que la gran ciudad ofrecía a su espíritu desbordante. Llegó a Buenos Aires al despuntar nuestro siglo. En uno de sus libros aludirá así a sus primeras andanzas por ese ancho escenario en el que ambicionaba papel de protagonista: "Yo era un adolescente sin fortuna, que vagaba soñando con la gloria por los limbos de esta ciudad —recién llegado de aquel pueblo mío donde dejé la tumba de mi padre— cuando Pellegrini me llevó a la redacción de *El País*, iniciándose así mi vida de publicista en Buenos Aires". Ya está, pues, en el comienzo de su destino. No tardó en demostrar su capacidad, su arrogancia, la riqueza de sus dones intelectuales. Aquel pueblerino mostró bien pronto de cuánto era capaz. Universitario brillante, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, tribuno, historiador y poeta, en Ricardo Rojas se da una de esas personalidades señeras con que puede enorgullecerse una nación al hacer recuento de sus grandes valores.

En *Los Presagios* —poema autobiográfico en donde resume vida y obra— el Maestro argentino refiere así el comienzo de su historia:

Yo soy aquel poeta solitario
que al despuntar el sol en mi jornada
llegué cantando del solar nativo
con dejo montañés y aire de triunfo.
La Victoria del Hombre fué el mensaje
frente al sórdido mar, oh patria mía,
en la mitad de un siglo, entre dos mundos.

Está lejano ese amanecer en que Ricardo Rojas llegara a Buenos Aires, desde su "solar nativo", con su "dejo montañés" y su "aire de triunfo". Medio siglo ha corrido desde entonces, pero los años le han aportado sabiduría y estatura, y una obra inamovible que es como solio de su nombradía.

Más de una treintena de libros me flanquea; sólidos, sin grietas; y con asombro y respeto compruebo que a Rojas son aplicables sus propias palabras, tomadas de su carta-prólogo al libro de Angel Guido, *Redescubrimiento de América en el Arte*: "Si la duración de una continuada fecundidad comprueba la virtud eminente del trabajo que fué siempre rasgo genial de los verdaderos maestros, observo que la afinidad de los temas descubre la coherencia de un ideal filosófico a la vez que la fuerza de una personalidad inconfundible".



*

Aplicables a él, sí, porque su sostenida vocación y su sostenida conducta respaldan la "continuada fecundidad". Y en su obra vastísima se verifica esa "afinidad de los temas" de que habla.

Hombre de pensamiento y hombre de acción, literato y político, Rojas se ha dejado llevar, camino adelante, por una sola y misma inmensa ambición; la grandeza espiritual y moral de su patria. En sus viajes a Europa, como si la perspectiva le facilitara la comprensión de su tierra lejana, no perdió de vista los problemas nacionales. Varón de libertades, en las horas revueltas de su país, ha sufrido persecución y destierro; Ushuaia y Martín García no le son lugares desconocidos. Pero su robustez ideológica, sin transacciones, le ha hecho preferir siempre la lucha y el sacrificio, a la claudicación. Y si Cervantes escribió su *Quijote* en la prisión, Rojas escribiría durante su confinamiento en Tierra del Fuego, cuando la dictadura de Uriburu, un libro admirable sobre la poesía cervantina.

Ricardo Rojas representa por sí mismo, uno de los más vastos y fecundos capítulos de las letras argentinas. No ha dado a su labor creadora un sentido inmediato, circunstancial, constreñido a los límites de una desnuda literatura. La encauzó como instrumento para la obtención de un ideal de vida y de pensamiento; confundiendo, o fundiendo, lo literario con lo histórico, en el grado en que la historia se constituye en cosa viva, porque la hace el hombre. Y es el hombre lo que le interesa. Al hombre de su tierra —no porque sea el de la suya, sino porque es hombre de su continente— quiere inculcarle el sentido de una misión americana. Y la prédica en su voz tiene grandeza de evangelio.

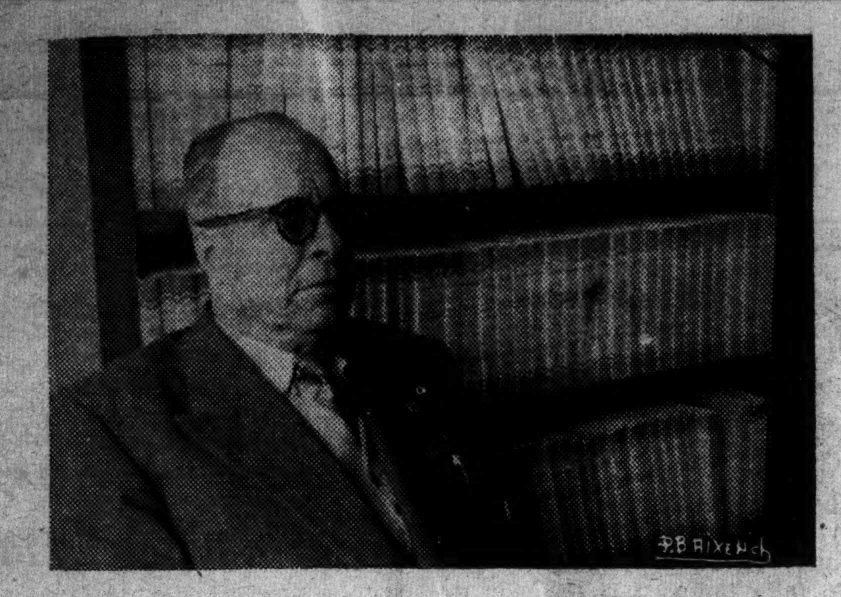
Su prosa elocuente, inspirada, sonora, nos recuerda la de los grandes maestros de la antigüedad, la de los augures y la de los profetas, por el impulso trascendente de su mensaje y el tono encendido y mesiánico de sus doctrinas. Se nos aparece como el predestinado, el que trae para su generación, desde edades pretéritas, un mensaje que ha de sobrevivirle; el que da a su época la admonición y el vaticinio.

La historia argentina es su pasión fundamental. El es su exégeta y su enamorado, su investigador y su adalid. San Martín y Sarmiento; Belgrano, Güemes, Guido Spano, Ameghino, arquetipos de esa argentinidad que predica —y de la cual es él mismo cruzado y ejemplo— se yerguen como columnas perennes por encima de su cabeza. Y su insuperada *Historia de la Literatura Argentina*, que interesa por igual a las dos orillas rioplatenses, es como frontón que remata el edificio.

En sus palabras encuentro, de nuevo, las mejores, para definir cuanto ha escrito: "Es la obra de un hombre apasionado por el destino de su raza. Es la obra de un poeta inquietado por el misterio de las cosas. Es, acaso, la obra de un místico que confiesa su fe en las ideas y en el obscuro influjo del alma sobre las formas de la vida..."

Rojas ha enseñado con el ejemplo, cuál es el camino de la dignidad nacional. Arquitecto del estilo, ha tendido a lo arquitectónico en la conducta. Desde su juventud postuló la necesidad de una firme conciencia argentina, generadora del clima cívico indispensable para el desenvolvimiento armonioso del individuo y de la existencia. Convencido de la urgencia impostergable de crear un espíritu colectivo capaz de cumplir ese mandato que constituye la sangre de una raza, por el cual un pueblo se afirma en la órbita ascendente de su evolución, Rojas constituye el pasado, entra en la tiniebla de los orígenes, analiza los factores históricos, las resultantes culturales; revisa a la vez los cimientos y el edificio de una nación. Es incansable, inmenso, desmedido. Lo que abarca el cerebro de este hombre es asombro y estímulo; su vigor mental alecciona y enfervoriza. La religión, la filosofía y el arte; la poesía, el teatro y la historia, son campos que atraviesa con familiar donosura, pues pisa tierra propia. ¿De qué linaje proviene este varón admirable, en una hora como la nuestra, de especializados de aliento corto? Los que andamos ahora entre los 20 y los 30 años, llegamos todavía a conocer a los últimos testigos de aquella generación del 900, que dió hombres que parecen colindar a veces con lo sobrenatural, por su capacidad ciclópea para enfrentar su destino. Y Ricardo Rojas es uno de esos semidio-

Concluye en la pág. 110



Don *Jesús Silva Herzog* en su escritorio (Enero de 1953)
(En el fondo, los 69 volúmenes publicados
de su magnífica Revista *Cuadernos Americanos*)

*

El homenaje de "Cuadernos Americanos"

Don Jesús Silva Herzog, el nobilísimo Director-Gerente de *Cuadernos Americanos*, en México, D. F., tuvo a bien dedicar en el número correspondiente a enero-febrero de 1953 de su tan acreditada revista, la sección *Aventura del Pensamiento*, en homenaje al señor García Monge, editor del *Rep. Amer.* Un homenaje fraternal.

Con tal éxito —así se aprecia y respeta a Don Jesús en nuestra América— que obtuvo la colaboración de 37 escritores conocidos, españoles e hispanoamericanos.

Véase la lista:

Aventura del Pensamiento

HOMENAJE A GARCIA MONGE
(pp. 91 a 196)

De algunas de nuestras patrias hemos recibido además cartas y recortes de periódicos, con aplausos para Don Jesús. Amistades nuevas y honrosas hemos obtenido también. *El Día de Hoy*, en su edición dominical del 15 de marzo de 1953, en San Salvador, El Salvador, C. A., reprodujo algunos testimonios de simpatía y aprecio de los que Don Jesús recogió; una atención de N. Viera Altamirano y R. Trigueros de León, amigos de siempre.

Ahora, en estas páginas recogemos algunos comentarios que al magnífico homenaje de *Cuadernos Americanos* se refieren.

Con la alegría de este homenaje, llegaremos a la hora final.

A todos les vuelvo a decir: Gracias, gracias por la benevolencia y generosidad con que me han tratado.

Joaquín GARCIA MONGE.

Palabras finales

(En *Cuadernos Americanos*)

Voces de todos los países de nuestra lengua; voces limpias y claras de muchos de los mejores hombres; voces que nos han llegado de lejanos territorios: del mar, del río, de las llanuras y de las montañas. Y las voces, claras y limpias, se han juntado en estas páginas de rendido homenaje de simpatía al hombre bueno, al hombre grande de la pequeña Costa Rica.

Vida ejemplar la del varón cuyas virtudes reconocemos y exaltamos. Obra ejemplar la suya por desinteresada, por constante, por valiente y por fecunda. A García Monge debiéramos proclamarlo el mejor ciudadano de nuestra América; el mejor ciudadano en veinte naciones que luchan por conquistar para siempre la libertad y la justicia social, por marchar hacia adelante y cumplir el hermoso destino señalado por los dioses. El ha consagrado a esa lucha sus más nobles afanes en su ya larga y laboriosa existencia.

Cuadernos Americanos se honra en honrar a su hermano mayor: el *Repertorio Americano*. Su hermano en la pelea por las causas más generosas y humanas; su hermano en la defensa de los pueblos nuestros, víctimas de la codicia del mercader; su hermano, en fin, en la angustia y en los sueños.

Y yo, desde mi México, tierra de libertad y refugio de perseguidos, violando la distancia estrecho a don Joaquín la mano en actitud emocionada y fraternal.

Jesús SILVA HERZOG.

*

Damos las gracias

San José, 18 de abril de 1953.

Señor don
Jesús Silva Herzog,
Director Gerente de
Cuadernos Americanos.
Av. "Rep. de Guatemala" Nº 42-4.
Apartado Nº 965. México 1. D. F.

Muy estimado don Jesús Silva Herzog:

Venimos a gradecerle, en nombre de los intelectuales costarricenses, el noble homenaje que *Cuadernos Americanos*, en su número 1. Vol. XLVII del presente año, le ha ofrecido al "hombre bueno y grande de la pequeña Costa Rica", el Maestro García Monge, Editor de *Repertorio Americano*.

Este espontáneo y justísimo homenaje, doblemente valioso, dado el prestigio de todos los americanos y españoles que a él concurren, y por haber aparecido, a iniciativa del Director, en *Cuadernos Americanos*, otro faro de señales cuyas luces vemos girar desde todos los rincones de nuestra América, nos regocija como costarricenses y amigos del querido Maestro García Monge.

Para el distinguido Director de *Cuadernos Americanos* y para México, su grande y generosa Patria, el afecto cordial de sus servidores:

Fernando Centeno, Salvador Umaña, Arnoldo Herrera, Luis Ferrero Acosta, José J. Salas Pérez, Oswaldo Rodríguez, Emilia Prieto, Angelina Guzmán, Juan J. Carazo, Rafael A. Llubere, Teresa Masís, Isabel Quirós, Oscar Bakit, Ricardo Quesada, Olga Kochen, Stella Peralta, Ovidio Salazar, Corina Rodríguez L., Carlos Luis Sáenz E., Marco A. Zumbado.

Solidaridad del espíritu en América

(En *La Nación* de Buenos Aires, Mayo 11 de 1953)

(Envío del Prof. *Juan MANTOVANI,* en Buenos Aires)

Por encima de las fronteras y de las divergencias políticas hay una realidad americana que es hija de su suelo, pero mucho más del espíritu de los hombres que lo habitan. La gran historia de América —aunque parezca a veces escindirse en guerras y desconfianzas— se eslabona en hechos que arrancan de una común voluntad y conciencia. Hay una simpatía mutua que une a todos los pueblos del continente; y esta simpatía surge, más que de los tratados entre las naciones —útiles, pero acaso episódicos— del conocimiento entre los hombres y los pueblos, de la obra tesonera y silenciosa, aunque parezca paradójico decirlo, de sus intelectuales, educadores, escritores y artistas. Nace de una gran solidaridad del espíritu.

Desde hace treinta y tres años ocurre en Centroamérica, en un país cuya pequeñez geográfica y nombre de promesa excitan la imaginación, Costa Rica, un suceso que no conmueve al cable ni agita a las cancillerías y que, por cotidiano en la tarea de su promotor y semanal o quincenal en sus efectos visibles, no parece milagroso, pero ha unido voluntades y dado a conocer ideas y hombres de América tanto como la prensa toda del continente. Este es el *Repertorio Americano,* cuadernos de cultura hispánica que edita Joaquín García Monge. El escritor costarricense escogió para su periódico el nombre que Andrés Bello diera al suyo en Londres, allá por 1826. No ha sido casual el tributo: su hoja volante reune y desparrama un siglo después cuanto de valioso encuentra en el pensamiento y en las letras hispanoamericanos. Poetas célebres hubo cuya primera noticia se dió en las páginas del *Repertorio;* escritores de otras lenguas y razas fueron difundidos desde allí en traducciones de su director o bien a través de las de otros que consideraba útiles, acaso inmejorables para que fueran conocidas en el mundo latinoamericano. En esas hojas de la cultura en América todos tenían cita y hasta se veían invitados y agasajados los que, por desatentos u olvidadizos, ignoraban la presencia física de ese *Repertorio,* que pronto rebasó los límites del país en que se levantaba, porque toda obra del espíritu resulta más grande que el asiento que la sostiene.

El *Repertorio Americano* y su director, Joaquín García Monge, no ocupan más que un sencillo cuarto de trabajo que da a la calle en San José de Costa Rica; en él se ven una mesa cargada de papeles, un sillón desvencijado, fotografías, rostros que tienen un nombre conocido, autógrafos, libros, diarios, revistas y, sobre todo, tijeras para recortar lo que es digno de reproducirse, con la honrada costumbre de mencionar la procedencia, y para rechazar todo lo que no sea emanación de un noble espíritu americano de paz, libertad, justicia, democracia. Para mantener esa línea sin desmayos, una lucha por las grandes causas —"trincheras de ideas", como la que predicó José Martí—, el *Repertorio Americano* tuvo que soportar penurias económicas, como que no salió ni saldrá nunca más que de los magros bolsillos de su director y de las pocas subscripciones que siempre se consiguen entre la gente de letras. Sin subsidios ni ayuda de ninguna especie —ya que ni gobierno, ni partido político, ni organización comercial los sostienen— estos cuadernos de cultura hispanoamericana buscan tan sólo unir en el conocimiento y en la defensa, que es preservación, de las ideas de una "magna patria", la que forjaron esos mismos americanos cuyo nombre allí se repite a diario: San Martín, Bolívar, Hidalgo, Juárez, Sarmiento, Alberdi, Hostos, Martí, González Prada, Rodó y muchos más que son su posteridad no desmentida. No falta tampoco la mención de grandes norteamericanos, como Jefferson, Lincoln, Emerson, Walt Whitman y otros, que representan el más alto pensamiento o la más alta virtud de aquel sector de América.

Otra revista continental, *Cuadernos Americanos,* de México, ha tomado la iniciativa de honrar a su "hermano mayor", ese colega ejemplar de Costa Rica, con un "symposium" o reunión de opiniones ya ilustres en las letras y en el pensamiento, entre las que no falta la de la Argentina, encarnada en la voz autorizada de un filósofo. Acertado homenaje, que no podrá ser más grato al espíritu del escritor costarricense, emisario de la cultura ecuménica en el seno de nuestros pueblos; pero, sobre todo, justo premio de solidaridad y simpatía para un hombre, para un maestro cuyo amor a todo lo americano es admirable en su obra y en su conducta.

Dr. E. García Carrillo

CARDIOLOGIA (Radioscopía y Electrocardiografía), METABOLISMO, VENAS VARICOSAS.

Sus teléfonos: 1254 y 3754

Lic. Aníbal Arias R.

Abogado y Notario

Apartado 2352

San José. Costa Rica

El cuidador de ideas

Por *Jorge MAÑACH*

(En el *Diario de la Marina.* Habana, 24 de marzo de 1953)

El doctor Antonio Barreras —un magistrado, ya lo sabéis, que reparte su devoción entre la justicia y las letras— me escribe una carta que le dictan a la vez ambos amores. He aquí un párrafo de ella:

"Con motivo de haber cumplido *Repertorio Americano* treinta y tres años de publicación, la gran revista *Cuadernos Americanos,* como usted sabe, le acaba de rendir cumplido homenaje a don Joaquín, por su misión cultural impar en nuestra América. Aunque la voz de Cuba se dejó escuchar en esa oportunidad, a través de la pluma de Manuel Pedro González, estimo que, ampliando el condigno tributo concebido y llevado a cabo por don Jesús Silva Herzog, debemos los escritores de Cuba, y precisamente con la representación que nos da el P. E. N. Club, dejar plena constancia de nuestra gratitud y de nuestro fervor para García Monge". Y Barreras me pide que yo contribuya a hacerle ambiente propicio a la idea.

¿Cómo no?... El *Repertorio Americano* y su director y animador don Joaquín García Monge son, para muchos de nosotros los escritores cubanos que ya vamos acaudalando más recuerdos que esperanzas, objetos de devoción vieja, patinada por los años. El *Repertorio* es un poco de nuestra propia vida, de nuestra esperanza e ilusión gastadas. Suena algo melancólico esto, y espero que se vea enseguida por qué.

Don Joaquín García Monge era, hace treinta y tantos años, un buen maestro oscuro allá en Costa Rica. Nadie le conocía fuera de su breve república ejemplar, —la República "en que había más maestros que soldados". Un buen día, comenzó a publicar *Repertorio Americano.* Había tomado el título para esos "Cuadernos de cultura hispánica", de la revista que en 1826 publicó don Andrés Bello en Londres, bajo el designio de defender, "con el interés de causa propia, la de la independencia y libertad de los nuevos Estados erigidos en aquel mundo sobre las ruinas de la denominación española". El nuevo *Repertorio* de García Monge nacía así inscribiéndose en una gran tradición, y desde el primer número hizo buenos sus propósitos.

¿Por qué lo recibió con tanta simpatía la juventud de entonces, y hasta algunos viejos que todavía no habían dejado de ser jóvenes?... Yo creo que fué porque el *Repertorio* reflejaba un nuevo momento, un momento de rediviva vocación de solidaridad, en la conciencia americana. Nuestros pueblos habían nacido a la libertad bajo signo continental, bolivariano. En los años próceres de la primera Independencia, no se decía peruano ni argentino más que para fines de localización regional: en lo histórico e ideológico se decía "americano". Todavía no nos habíamos dejado secuestrar el adjetivo por los americanos de habla inglesa Pero esa etapa romántica, en que Bolívar había soñado el Congreso de Panamá y la liberación de Cuba, pasó. Vino la etapa caudillística: la del regionalismo feroz, la del nacionalismo estrecho, la de las disputas de fronteras, la de ensimismamiento parroquial. Los caudillos hicieron lo suyo de puertas adentro; pero atomizaron a América. El primero que quiso rebasar esa dispersión fué Martí, y es una de las más claras marcas de su anchura y altura de visión. Pero en la vía de ese intento otro obstáculo había surgido: la gravitación de los Estados Uni-

dos, que también fué un caudillismo a su manera —un caudillismo continental.

Contra eso, y con buenas razones, estábamos las juventudes de los años 20. El *Repertorio* de García Monge se presentaba como un paladín, sin vociferaciones, de un ideal que ya parecía definitivamente perdido: el de la compenetración espiritual de lo que Martí había llamado "nuestra América". En sus páginas, en efecto, reverberaba la inteligencia mayor de esa América nuestra, resonaban sus voces más claras: los Sanín Cano, los Alfonso Reyes, el Vasconcelos de antañazo, la Mistral, tantos más. Y no dejábamos de visitarlas con orgullo los jóvenes que entonces nos empinábamos al otero de las letras. Fué un bonito momento que parecía el rescate de una vieja aurora.

La melancolía de recordarlo viene, no de que eso sea ya tan lejano, sino de que parezca tan pasado, en la otra acepción de la palabra, en la de cosa agotada. Porque de los años treinta acá, se tiene la impresión de que nuestra América ha vuelto a dispersarse: a ser, a despecho de ciertos organismos de la diplomacia continental, más que nunca, lo que decía Madariaga: 'los Estados Desunidos de América". Las causas de ese fenómeno serían largas de explicar. Lo cierto es que el *Repertorio* de García Monge, que entonces nos daba una sensación de alegre y esperanzada milicia, ahora ya nos parece sobrevivencia de un designio frustrado.

Razón de más, sin embargo, para que le conservemos mucha devoción a la que por tanto tiempo fué *clearing house* de las ideas liberales en el Continente y a quien la sostuvo y sostiene aún, contra viento y marea, con una perseverancia sólo comparable a su modestia: don Joaquín García Monge. Razón tiene el doctor Barreras al hablar de "su misión cultural impar en nuestra América". Este cariño no es "arqueológico", ni nace sólo de la gratitud. Se alimenta también de la esperanza. La nueva dispersión de nuestros pueblos no puede ser definitiva, porque hay una vocación solidaria que tiene raíces históricas y razones geográficas incorruptibles. Tal vez lo que ocurre es que el viejo ideal, siempre un poco gravado de romanticismo, está buscando en la sombra un nuevo modo, un cauce más real, más "positivo", dicho sea con excusas por la palabra. En ese esfuerzo, todavía el *Repertorio* se muestra vivo y fecundo. Sus treinta y tres años de vida no son, pues, de crucifixión. Por algo el *Repertorio* todavía lleva, entre lemas de Hostos, de Martí y de Bolívar, aquel memorable de Sarmiento: "¡Bárbaros, las ideas no se matan!"

Honremos en buena hora a ese gran cuidador de ideas que es don Joaquín García Monge.

García Monge: eco de América

Por *Juan A. AYALA*

(*El Diario de Hoy* de San Salvador, El Salvador)

Las figuras más destacadas de la intelectualidad hispanoamericana han coincidido, por asombrosa cita, en las páginas de *Cuadernos Americanos*, para rendir un homenaje a García Monge, el hombre de la constancia y del ojo alerta a toda novedad cultural. Todos los países de esta América, que 'todavía habla en castellano", tienen una deuda con García Monge; él ha sido el que muchas veces ha dado la voz de alerta ante nuevos valores que aparecieron en el horizonte literario; ha ido, día a día, analizando y sintetizando la obra de cientos de escritores, valorizando figuras ya consagradas; ese *Repertorio Americano*, ha sido algo así como la gran avenida de las letras americanas, ha sido vitrina y ha sido lugar de intercambio de ideas, de hechos...

Al recorrer estas páginas emocionadas y líricas que toda América ha dedicado al director del *Repertorio Americano*, se percibe el eco de todo el continente, agradecido ante la obra de un hombre, que pasando por encima de prejuicios y de mentalidades atrasadas, ha sabido hacer una obra. Y esto es lo que, en definitiva, importa: una obra. Las mejores firmas se inclinan ante el hombre y ante la obra. Desfilan por esas páginas escritores como Sanín Cano, Germán Arciniegas, Alfredo Cardona Peña, N. Viera Altamirano, León Felipe, Mariano Ruiz-Funes, Max Aub, Rafael Heliodoro Valle, Luis Alberto Sánchez, Andrés Eloy Blanco, Alfonso Reyes, José Gaos, Rómulo Gallegos, Jesús Silva Herzog... La coincidencia de elementos de esta categoría literaria es muy difícil, sólo una figura como la de García Monge podía servir de cita, de punto de contacto, porque él ha estado alerta para todos, ha sido un hombre de esos "vigías", sensibles a la menor manifestación de las actividades culturales. Todo movimiento literario, toda novedad fué registrada minuciosamente por García Monge. Ha vivido en atalaya perpetua. "A García Monge —dice Vicente Sáenz, en este homenaje— se le juzgaba en "las alturas" —se le sigue aún considerando— como izquierdista peligroso. ¿Por qué? Por aceptar y preferir en su publicación colaboraciones de intelectuales con *ideas exóticas*, a saber: antinazismo, antifranquismo, antientreguismo. Y no tuvo entonces más remedio que salirse de la Biblioteca, ya no al bullicio de Nueva York sino a su casa, a sus montones de papeles y libros, a la poltrona en que medita y sueña, a su correspondencia, a su *Repertorio*".

Francisco Romero, argentino, ha señalado de una manera acertada la gran enfermedad de las letras americanas: la incomunicación, la dislocación lamentable y hasta absurda. Cuando se establece una comunicación, y de un extremo a otro del continente llega una noticia, un comentario, casi siempre viene adulterado o por la distancia o por la pasión. Convencionalismo en la noticia y pasión en el comentario. La excepción la han constituído esos 1148 números del *Repertorio Americano*, la mesa redonda y la cita de todo escritor americano. Esta labor no se ha hecho sola, ni en un día. Son 33 años —cifra evangélica— y la constancia de un hombre, los que han tejido esta red invisible de cordialidad y de comprensión entre las diversas zonas espirituales de América. "La singularidad y el altísimo mérito de la obra de don Joaquín —añade Francisco Romero—, en mi opinión, dependen entre otros puntos del ajuste y fusión en ella de tarea y vida, de intención y realización".

Uno de los más valiosos aportes en este homenaje unánime, lo constituye a mi juicio el de León Felipe. Con su voz emocionada, castellana al fin y al cabo, traza de la obra de García Monge, un canto lírico al hombre "Viejo Pastor". Es la misma voz que se ha alzado contra la injusticia social, contra la pasión y el convencionalismo, el canto a la tierra y al hombre, muy Whitman. "Todo es pequeñín en Costa Rica... y pequeño es también este redil. Es un redil de tránsito a donde llegan ovejas de muy diversa condición: corderillos añales y carneros de muchas hierbas y barroca cornamenta...

"Yo estuve allí una vez... Iba perdido... y allí me confortaron.

"Tenía este pastor nobles amigos. Algunos ya se fueron para siempre. Pero yo no me he olvidado de ninguno, ni de los que se fueron ni de los que se quedaron ni de este viejo pastor que los juntaba a todos.

"Yo he sido siempre trashumante y peregrino... y ahora que ya estoy muy cansado, rumio como una vieja vaca mis recuerdos. Y me acuerdo de este noble pastor, cuando aquella vez me recogió en su pequeño predio de leyenda. Me acuerdo que conversamos, ya furtivamente, de algunas cosas tan sencillas e inofensivas como la libertad, que cantamos alegres canciones de Walt Whitman, canciones de paz, ahora inoportunas y prohibidas en Norteamérica, y que brindamos por la confraternidad universal con *un vaso de bon vino*".

Para don Joaquín, como le llaman todos sus amigos, el mejor obsequio ha sido el de este poeta integral, que canta con la canción del caminante, esas cosas sencillas, íntimas, conmovedoras, que impresionan sin impresionarnos el fondo de nuestra mirada extraviada. A Mecenas le cantaron los poetas imperiales por sus limosnas al arte. León Felipe, mucho más horaciano de lo que se le cree, ha cantado, con un canto desinteresado, como es toda su poesía, un mecenazgo mucho más alto y más elocuente.

Tres españoles, toman parte en este homenaje. Si alguien le debe algo a García Monge, es esa tierra nuestra de España. Su mensaje nos llegaba en momentos difíciles, en momentos de paz y de prosperidad, como esas olas que nacen en la costa de América y se estrellan en Galicia o Andalucía. La primera revista americana que en nuestros años de estudiantes nos dió un panorama de las letras de esta ribera, fué el *Repertorio de Costa Rica*, por ella supimos de Costa Rica y de América Central y después el conocimiento trascendió hasta todo el Continente. Por eso han llegado los españoles —los españoles sin pasaporte— a poner su contribución en este homenaje continental. Porque tienen —tenemos todos los españoles— derecho a hacerlo. Mariano Ruiz-Funes se fija en el alto sentido humano de Don Joaquín. Y Max Aub en la obra de romano. "España y América —dice el primero— tienen, por múltiples designios, el deber de mantener siempre un fraternal diálogo, y el diálogo es igualdad y libertad de los interlocutores. Lo universal de una historia común está escrito en su pensamiento y en su sangre... Entre los maestros de la Libertad y del diálogo está don Joaquín García Monge,

que durante muchos años nos brindó periódicamente lo mejor del pensamiento en español, de todos los pueblos hispánicos, con el sentido de universalidad que ha hecho de lo hispánico de los hermanos lo opuesto a la hispanidad de los tiranos..."

No podemos alargar este comentario. Sólo hemos querido reseñar este homenaje de sinceridad, de comprensión, de toda la intelectualidad americana de primera categoría, al hombre de la cita perpetua, al nuevo dialogador de nuestra cultura y de nuestros hombres. Porque el éxito de García Monge está en esa apropiación que se ha hecho de todo lo mejor de América. "Es uno de los pocos hombres —dice Monteforte Toledo— que pueden hablar de las cosas de América Hispana como si fueran suyas, sin despertar la sombra de escepticismo en quienes recuerdan demasiado tantos siglos de desunión y mutuo desconocimiento..." Algo así como el homenaje de las piedras de la ojiva al sillar angular que las sostiene. Y hacia la que convergen.

San Salvador,
3 de marzo de 1953.

Las cosas de la provincia

Colaboración de *Jorge CARDONA*

A los doce años de ausencia volví a mi tierra, muy a disgusto, pues ya me había aclimatado en California. Tuve asimismo una estada de año y medio en la bella ciudad de México. Así, por una ironía de mi vida, se me ha ido parte de la misma entre las grandes urbes *modernas*, pero mi deseo había sido haber tirado hacia el campo. Quizá un gusto atávico, porque uno de mis abuelos, nacido en Menorca, cultivó de mozo la música, los higos y la miel. Un hermano del mismo, que recuerdo ahora, escribió un tratado sobre las esponjas, según la tradición familiar. Andando los días, mi abuelo vino a radicar a mi Provincia, que en aquella época —1856— selló su verdadera Independencia en una guerra contra el fatídico imperialismo yanqui, entonces sin mucha garra. El querido abuelo cogió el fusil y se batió en las márgenes del río San Juan, que linda al norte con la frontera de Nicaragua. Peleó brava y justamente, pues de allí salió herido.

Desde entonces la vida de mi país, Provincia la más chica en el concierto de nuestros pueblos, se mantuvo digna y sosegadamente. Se cultivaba el solar con esmero y sus casas olían a pan. Dió la Provincia lugar para el sustento, como en otras de la misma estirpe, a hombres de Ley y a hombres de Letras. Preparó el desarrollo de la Cultura apoyándose en la enseñanza liberal. Pero ahora resulta que todo anda al revés. Huele a sotana y hace poco el vientre podrido d ela Provincia se reventó. Hubo sangre que manchó cármenes y villas y, así las cosas, la Democracia se cubrió de oprobio.

Como puede notarse, aquí como allá, desde los tiempos del encomendero, del militar y del obispo, el espíritu consciente de vida y de interés que dignifica al Hombre no arraigó en el pecho de la ciudadanía. Que todo pasó sin hacerse escuela y por eso ahora nos vemos *a palitos* para asegurarnos el verdadero sentido de la Libertad: *ley eterna de la Naturaleza humana, medio poderoso de perfeccionamiento.*

Y, en esta Provincia mía, tenemos otra vez amagos de bochinche. Ha sido la primer noticia que he recogido al llegar no más. Cosas incurables en nuestro medio ambiente, agravadas con el paso de los clérigos que me sorprenden por todas partes. Y los hay de todo color y para todo responso y negocio económico. De las faldas de ellos, unas veces, y otras bajo suntuosas Dalmáticas va el Presidente de la Provincia, recibiendo las bendiciones eclesiásticas, y cuando él sale a inaugurar la escuela, el puente o el camino, por delante va el hisopo y la pólvora, dos combinaciones que rematan en aguardiente. Y de esta clase de lecciones, ya muy desacreditadas, no han de inspirarse los futuros ciudadanos. Aparte de que este falso apostolado proviene de una literatura demasiado objetiva, malsana, que ya se ha dicho, llama Salvador de la Patria a un simple candidato para alcalde.

Pobre Provincia mía, en donde no se ha doblado, según el pensamiento de Sarmiento, la suma de bienestar en cada habitante de tu suelo, desarrollando doble riqueza, doble inteligencia y doble actividad.

*

Hace poco, en un desembarcadero del Atlántico, en donde la huella de la United Fruit Co., dejó el suelo seco, semejante a la mueca de una momia de San Angel del Distrito Federal de México, atracó al muelle un buque de vela de la España franquista. Después de los saludos de costumbre llegó a tierra un grupo de sus marinos, todos jóvenes y apuestos, pero en el fondo abatidos. Llegaban con hambre y con sed de libertad.

Horas después, a bordo del mismo velero, al pasar lista, el encargado notó que faltaban doce o quince de sus hombres. Y, con efecto, los marinos habían abandonado aquella cáscara para refugiarse entre los hogares de los tranquilos habitantes del puerto. ¡Querían respirar aires libres y olvidar a la Tumba española!

Y aquí, de pronto, así como surgió el amparo comprensivo, saltó el grito estridente del leguleyo, que pedía las cabezas de aquellos hombres para ofrecérselas al Caudillo!

Hizo cuanto pudo el Bachiller; apeló a los tratados, a los códigos y citó cláusulas suscritas para estos casos. Pero otro día, con el beneplácito general, el representante de la España franquista anunció que daba por terminado el incidente, que equivalía a un perdón para los desertores.

¡Y qué bien se portó la doctrina española en este caso, dijeron las mayorías! Pero no vieron flotar, sobre ese incidente internacional, las palmas del perdón que desde los tiempos de César Borgia se disfrazan con la virtud proxenética, pues la España actual anda consumida por el deseo de enterrarse en el que supone nuevo Escorial de allende —para nosotros— los mares del Norte, y que esto explica mejor que mis letras la conducta de los Señores representantes de la Península.

Costa Rica, julio de 1953.

Esto les dije:

Mis estimados oyentes:

Cuatro palabras sencillas les voy a decir en los minutos de que dispongo.

Gracias les doy a los guías del Partido Progresista Independiente que me pidieron mi nombre para incluirlo en una de sus listas de posibles Diputados.

Les dije que si en algo podía servirles, que lo pusieran. Con eso cumplí con mi deber, porque el PPI está anclado en el Congreso, en espera de que lo anulen o no por sus ideas izquierdistas. Cualquier ciudadano preocupado reclama su puesto entre los defensores de los derechos electorales, amenazados por tendencias fajistas... Y en el caso presente, resulta el PPI peligroso porque pide un régimen de libertades públicas, mejorar la legislación social, preocuparse por el bienestar de los trabajadores, promover industrias y que en Costa Rica las riquezas naturales sean propias mediante carreteras, créditos bancarios, trabajo y estudio.

No soy hombre de Partido, ni lo seré; la política no me apasiona. La Diputación que me ofrecen en sí no me desvela. La he aceptado como posible puesto de vigilancia si los venideros días se nublan... Hay que estar cada cual en su sitio de honor y en defensa de la democracia como libertad y justicia social, como solidaridad y cultura.

Como Diputado posible del PPI me reservo absoluta libertad de pensar y de conducta. A las ideas no les temo, por arriesgadas que sean. He reflexionado lo bastante la historia del Mundo para explicarme que las ideas hoy alarmantes y perseguidas, mañana se aceptan sin temor. Lo esencial es que a su tiempo se discutan, se comprendan.

De mi parte, en el cargo, si lo obtengo, ni programas ni proclamas. Creo en el trabajo silencioso, desconfío del bullanguero... Más vale que por los frutos sepan lo que pueda hacer. Fiel a los principios, sin alardes ni presunciones.

Como Diputado prometo decoro, estudio y comprensión de los asuntos y amor a la Patria como altar. Tengo mi brújula y sé a dónde voy.

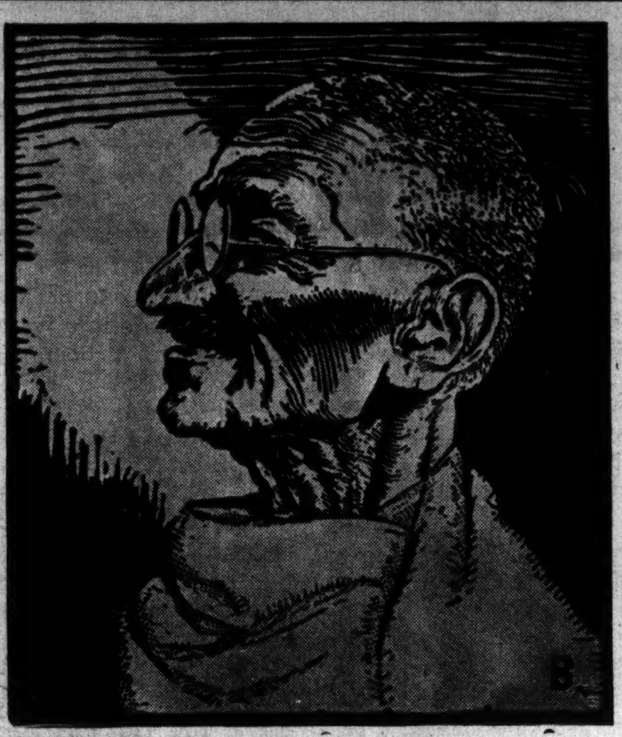
Y así correspondería en parte a la satisfacción y esperanzas con que tantos de mis conciudadanos me detienen al pasar para ofrecerme su aplauso y apoyo.

Esperemos, pues; el Destino dirá lo que sea...

J. GARCIA MONGE.

Junio de 1953.





El *Gandhi*

Nehru y Gandhi

Por el Dr. *Juan MARIN*
(En *Rep. Amer.*)

Muchos se preguntan cómo Nehru pudo ser el heredero político y espiritual de Gandhi. En efecto, difícilmente podrá encontrarse en una misma época y en un mismo país dos tipos humanos más dispares. Uno representó la ortodoxia religiosa más depurada y auténtica, mientras el otro es un agnóstico materialista, poseído, según propia confesión, de "un amor pagano por todas las bellas cosas de la vida y la Naturaleza". Gandhi fué un genio religioso, un místico moralista que veía a Dios en cada hombre y en cada ser. Nehru, en cambio, no ve dioses en ninguna parte, desde luego porque no cree en ellos y en seguida, porque no ve sino aquello que bien claramente sus retinas le muestran. El Mahatma fué un "avatar", una encarnación del espíritu sublime de la raza, de aquéllas que India ofrece al mundo cada diez o veinte siglos, un redentor de almas, un salvador de su pueblo. Nehru posee, simplemente, un corazón generoso que lo hace amar a su pueblo porque sabe que su destino y el de su pueblo están íntimamente unidos e identificados. Aristócrata por nacimiento y educación, Nehru ha ido hacia las masas con una mezcla de orgullo y de humildad, difícil de entender: con orgullo porque su pueblo estaba esclavizado y había que libertarlo de un opresor extranjero; con humildad porque, a medida que se acercaba a ellas, iba viendo las enormes reservas de coraje y abnegación que había en esa humanidad sufriente que él, durante los años de su infancia y juventud, había apenas divisado desde lejos y desde lo alto. Hoy esas masas indias son carne y alma en el espíritu de Nehru, refundidas en él de tal manera que no se les podría separar sin destruir a las unas o al otro.

Nehru vino a "descubrir" India por la ruta de Occidente, vía Oxford, París, Madrid, Ginebra, Moscú, en tanto que Gandhi miró siempre hacia el Oeste con ojos de hindú químicamente puro. Nehru viene del plano intelectual y actúa en toda ocasión como intelectual. Gandhi fué un místico y actuó, fundamentalmente, en el plano moral. Este fué un espíritu "medioeval", mientras que aquél ha sido siempre un modernista. Para el Mahatma, el núcleo en torno al cual debía construírse la sociedad india era el "panchayat" del villorrio. Nehru cree en la socialización y sueña en vastos esquemas de industrialización del país: su "Primer Plan Quinquenal" así lo prueba. Nehru es un espíritu progresivo que bordea a ratos con el socialismo. Es un enamorado de la acción y abomina de liturgias, oraciones y meditaciones. Brahmanes y santones son blanco frecuente de sus sátiras. Gandhi consagraba a la oración largas horas cada día y creía en el poder absoluto de las fuerzas espirituales de *ahimsa* y *satyagraha*. El enseñaba la "verdad-amor" y la "no-violencia" y decía que se debe amar más al peor de nuestros enemigos, al que más daño nos hace. Gandhi tenía el heroísmo de llevar a la práctica sus doctrinas, sin flaquear jamás.



Nehru

Para Nehru no existe el *ahimsismo*: él es un resistente activo contra fuerzas retrógradas, de cualquier color que ellas sean. El Mahatma amaba su rueca de hilar casera como símbolo casi religioso de su sociología. Nehru ama las grandes dínamos, los tanques colosales y el humo de las usinas ennegreciendo los cielos de su patria. Gandhi era parroquial en su manera de ver el mundo: si él fuera hoy Primer Ministro de India, acaso India no estuviera en las NU, ni en la W.H.O. ni en la *Unesco*. Nehru es, por el contrario, fervorosamente internacional en sus miras y enfoca todos los problemas de su patria en función y relación de los problemas del mundo. El Mahatma era introvertido y egocentrípeto; Nehru es egocentrífugo y extravertido. "Cuando mejor me siento es cuando estoy hablando frente a una muchedumbre de cien mil de mis conciudadanos y me doy cuenta de que ellos me comprenden", nos ha dicho Nehru más de una vez en Nueva Delhi. Gandhi resistía la soledad admirablemente bien. Nehru no. En Gandhi como en todos los místicos, había una gran alegría de vivir, una potente irradiación de vida brotando por todos los poros de su aparentemente endeble personalidad. Nehru es un hombre más bien triste, un solitario dentro de los océanos humanos en que vive. Mirando al fondo de sus ojos, uno comprende la atroz soledad que lo circunda. Sólo en Cachemira, frente a los bellos paisajes de montañas y de lagos en que transcurrió su infancia, ese velo de tristeza parece alzarse y se transforma en un hombre jovial, alegre y comunicativo. ¡Cuántas veces notamos ese enorme y súbito cambio en nuestras ocasionales jornadas y excursiones en su compañía por el paradisíaco Valle de Cachemira! Nos decía: "—Yo tengo que escapar, cada cierto tiempo, de la atmósfera de la capital, salir de la prisión de mi bufete, huir de los pasillos del Parlamento e ir a fortificarme en el contacto con las masas humanas de los Estados y provincias, de las ciudades y aldeas. Necesito su contacto, como las raíces de la planta han menester de la tierra húmeda para absorber la savia vital. El estadista que se encierra en su despacho, es un hombre muerto. No importa cuán profundos sean sus estudios, cuán acabados sus proyectos: si está desligado de la realidad de su pueblo, es un cadáver político".

Por eso es que Nehru es el más grande peripatético de los tiempos modernos. Las grandes extensiones de su subcontinente no tienen misterios para él. Vive en un constante ir y venir, pronunciando decenas de discursos por día, estrechando miles de manos, escuchando millones de palabras. Es un moderno Chánkaracharya, aquel brahmín que en el siglo VIII D. C. recorría la India de uno a otro confín predicando su doctrina. Las masas son para Nehru su oxígeno, los grandes mítines son el sol que dora y desentumece su psiquis. Gandhi encarnó la paradoja de un conservador "revolucionario", un tradicionalista que rompió las cadenas que ataban a su pueblo. Nehru representa la paradoja de un socialista "liberal", es decir, un socialista con un gran respeto por la personalidad humana física y moral. Gandhi se autopurificaba en el ayuno y la oración. Nehru se

purifica en la acción. Ambos están acordes con el *Gita* en cuanto al "desinterés" de su conducta. Gandhi miraba hacia la "Edad de Oro" de los Vedas y los Upanishads; Nehru hacia una utopía socialista de tipo fabiano o *wellsiano*. Y aquí volvemos a nuestro punto inicial: ¿cómo siendo tantos y tan grandes los contrastes, llegaron estos dos hombres a entenderse tan perfectamente que uno fué discípulo, lugarteniente y continuador del otro? Quien haya conocido a ambos puede descifrar el secreto: Gandhi vió desde el primer instante en Nehru el inmenso valor moral, el corazón frío, la voluntad inflexible, la limpieza inmaculada de su alma. Y Nehru reconoció en el Mahatma el fascinante misterio de una fuerza superior a la suya, de una sabiduría eterna e inconmensurable, el poder de esa fuerza "verdad-amor" cuyas fuentes secretas vienen de un incógnito pasado de su raza. El ímpetu de Nehru se dulcificaba en aquella serenidad que el Mahatma decía beber en el *Baghavad-Gita*, pero que en realidad venía de muchísimo más lejos. Y pese a las discrepancias, había entre ellos muchísimas cosas en común. Mencionemos únicamente ese amor apasionado por la paz, esa abominación de la guerra "que ningún problema resuelve, sino que crea nuevos", según el decir de Nehru, ese pacifismo indio que tan mal interpretado suele, a veces, ser en las asambleas de las naciones del mundo. Ambos estaban también impregnados hasta el tuétano de un respeto absoluta por la verdad. "Dios es amor y Dios es verdad", acostumbraba decir el Mahatma. Y Nehru proclama: "A Gandhi debemos la magna lección de no temer jamás el decir la verdad; a él también debemos aquello de que los medios son tan importantes como el fin, que no puede haber un correcto fin si los medios fueron incorrectos". Ambos expresan verdades ancestrales de su raza. El aristócrata de Cachemira y el aldeano de Guierat representan por igual ese conjunto de elementos morales que se llama "induísmo" y del que tan altos exponentes han sido, en tiempos modernos, Tilak, Bose, Aurobindo, Tagore y el Maharishi Ramana. Si Gandhi, como Buda, fué "luz del Asia", Nehru hoy día es una potente dínamo en plena actividad.

Santiago de Chile.
Junio de 1953.

Agencia del
Repertorio Americano
en Londres
B. F. Stevens & Brown, Ltd.
28-30 Little Rusell Street, W. C. 1
New Ruskin House,
London, England

Ricardo Rojas, Maestro de Argentina

(*Viene de la pág.* 104)

ses. Lo dice su obra anchurosa, erudita, sólida. En el historiador, conviven el poeta, que aligera la severidad del investigador, y el matemático, que le presta su rigor y su perfecta estructura. Y si dijo alguna vez que "no son los triunfos sino los esfuerzos lo que debemos celebrar en la vida", en su caso lo cabal es celebrar ambas cosas.

Imposible resulta, en el tiempo del cual dispongo, referirme a sus libros, sin que salga de ello una mera enumeración de títulos; y mejor que yo, lo hace Rojas mismo, en ese poema *Los Presagios* ya mencionado. Tal poema fué escrito en ocasión de la ceremonia que la Sociedad Argentina de Escritores le tributara, por haberle sino conferido el Gran Premio de Honor de 1945 a *El Profeta de la Pampa*, trascendente alegato histórico sobre Sarmiento. En *Los Presagios*, evoca Rojas lós primeros augurios, los de Guido Spano y de Rubén Darío, los de Lugones y Alfonsina Storni, que vaticinaron la línea ascendente de su talento, cuando era sólo un

Adolescente ignoto, ingenuo, pobre,
pero dichoso de vivir...

Era entonces el gladiador joven, que se iniciaba en los grandes desafíos.

¿Quién era yo? ¿Tal vez era un amauta?
¿Quizá un baquiano de las travesías?
¿O un expatriado aquí, en mi propia patria?
Todo eso creía ser. Diréis si he sido.
Yo, mensajero de los viejos Andes
dí en el Plata el mensaje que traía.
Por punas, valles, pampas y florestas
seguí los rastros que dejó don Diego,
caminos de Elelín, metas de Eurindia.
Amenizó mi andanza el buen Cervantes,
gran sabidor en ventas y aventuras.
En Retablo Español dejé mi ofrenda:
cinco estrellas de oro reluciente,
sobre campo de gules encendidas,
blasón primero de la antigua estirpe.
Vi rutilar castillos en la noche
y hachas tajantes en la selva oscura.
Para que no cediese en la derrota
me adoctrinó El Profeta de la Pampa.
Desde la Isla del Fuego y de la nieve,
pájaro en libertad, lancé mi Albatros;
busqué al hijo de Ollantay y de Coyllur
y lo encontré en el Santo de la Espada;
y en el misterio de la Salamanca,
Cristo invisible se tornó visible.
Muchos entre mi gente lo entendieron,
y el mensaje quedó cifrado en mitos.
Gesta de un mundo nuevo fué mi canto.

Aquí están, hábilmente reunidos, los títulos de los libros fundamentales: *Elelín* —poema dramático en verso, que alude a esa zona fabulosa que los españoles buscaban dentro de la Pampa, suerte de El Dorado argentino; *Eurindia* —doctrina del mito creado por la migración intercontinental entre Europa y nuestras Indias occidentales, gestando una cultura que por sus raíces se nutra de elementos europeos y americanos, hasta que se independice de sus orígenes para ser distinta de unos y otros; *Cervantes*, valioso estudio acerca de los aspectos lírico, dramático y épico de la poesía del autor del *Quijote*, —cuya lanza ve como "símbolo del pensamiento en acción; *Retablo Español*, ofrenda del americano que ha sabido recoger la herencia espiritual hispana; *Ollantay*, drama, en verso, que narra el amor del héroe andino por la ñusta Coyllur, del cual resulta el ambiente mágico del mito, lleno de grandeza, como la tragedia griega; *La Salamanca*, en verso también, una pieza dramática que participa del clima de los misterios medievales, donde triunfa al final el espíritu místico sobre el demonio; *El Profeta de la Pampa*, biografía de Sarmiento, que lo presenta en sus luchas íntimas y en sus tremendos conflictos con el medio, con los hombres, con el destino; Rojas plantea de modo irrebatible los módulos de aquella existencia que acertadamente califica de "dionisíaca"; *El Santo de la Espada*, relato de la gesta sanmartiniana, fervoroso y lúcido, aúna la erudición del investigador con la maestría del estilo, confiriendo a San Martín la exacta dimensión de su leyenda heroica. Hay más: *La Argentinidad*, *La Restauración Nacionalista*, *Blasón de Plata*, *La Casa Colonial*, además de los volúmenes de memorias y discursos. Conviene advertir aquí que Rojas se mueve holgadamente dentro del lenguaje del símbolo y el mito; y está bien que así lo prefiera, como medio de expresión de sus doctrinas; pues el mito y el símbolo fueron las formas primeras que asumió la poesía; y Rojas, el poeta, las escogió por su ductilidad para transmitir sus conceptos.

Por su vigencia sin desmayo, a través de cincuenta años de labor obstinada, infatigable y valiosa, "la obra de un hombre apasionado por el destino de su raza" —repito—, Ricardo Rojas desempeña uno de esos magisterios morales que el tiempo acrece cada vez más, evadiéndose de sus fronteras para asumir su recio perfil continental. En este viejo león indomable se ha convertido el "mataquito" de antaño.

Cuando pienso en Ricardo Rojas, no veo su silueta erguida de septuagenario joven, cano el cabello y la mirada penetrante tras los gruesos cristales; ni a aquél, enhiesto y desafiante, que de cuerpo entero pintó el uruguayo Alejandro Márquez; sino al que emerge del cuadro nada más que la cabeza, como si ella atravesara un agujero de sombras; treintañero, pálido el rostro contrastando con los cabellos oscuros, allí, en la tela misteriosa, sigue mirándonos desde su juventud, el Rojas de hoy, en el retrato fascinante que le hiciera aquel extraño pintor húngaro que no comprendía el castellano pero que le adivinaba el pensamiento. Y el misterio se aviene curiosamente con este hombre de ideas tan claras, tan preciso en sus concepciones y tan riguroso en sus juicios; acaso porque su afán de conocerlo todo buscaba respuestas y solución de enigmas en el arcano de las ciencias ocultas. El exigente de hechos, no desdeñó la poesía que encierra el pensamiento filosófico de los pueblos de Oriente. El pensador moderno, volvió siempre los ojos al cielo milagroso de la cultura griega. Espíritu ecuménico, Ricardo Rojas sigue siendo el árbol del camino, firme y duradero, junto al agua que corre y pasa. Empinado en su permanencia, todavía, como hace treinta años, puede decir:

Tiempo que vas pasando como un río
junto al árbol tenaz de la ribera,
linfa constante de agua pasajera:
yo soy un árbol de tu cauce umbrío.

Yo te daré todo el follaje mío;
guárdame tú hasta la hora del invierno
la fiel estrella del amor eterno,
tiempo que vas pasando como un río.

Ní lo ha vivido en vano, ni ha dejado de serle fiel su estrella. El ilustre Maestro argentino continúa recogiendo frutos de estío en jardines de invierno. Y su nombre se repetirá siempre en el continente con la unción que se debe a los grandes constructores de nuestra cultura americana.

Dora Isella RUSSELL.

Montevideo,
19-II-1953.

Dos cartas honrosas de don Jesús

Cuadernos
Americanos
Avda. Rep. de Guatemala Nº 42
Ap. Postal 965. Tel 12-31-46
México, D. F.

Octubre 9 de 1952.

Sr. Joaquín García Monge.
Apartado X.
San José, Costa Rica.

Mi muy estimado y fino amigo:

Seguramente ya tiene usted noticias de que estoy preparando un homenaje a usted por su hermosa y fecunda labor a lo largo de toda su vida. Este homenaje va a consistir en una serie de opiniones de unos treinta escritores de nuestra América sobre su personalidad y la obra realizada en el Repertorio Americano. *Estas opiniones se publicarán en el número correspondiente a enero-febrero de* Cuadernos Americanos.

Ahora bien, desde que vió la luz pública el primer número de la revista, tengo la costumbre de cada año, al aparecer el número 1, reunir en una cena a los más distinguidos escritores de México y de otros países que se hallen entre nosotros. En esa cena se obsequia a los asistentes el primer número del año. Me gustaría saber si usted estaría dispuesto a venir a cenar con nosotros en los primeros días del próximo enero para que el homenaje adquiera la solemnidad que deseo. Además me daría la satisfacción de estrechar su mano, conocerlo personalmente y pasar algunas horas en amable conversación. Por otra parte, tal vez le gustaría conocer México y estar entre nosotros un par de semanas. Por supuesto que los gastos de viaje y su estancia aquí correrían por cuenta de Cuadernos Americanos.

Espero, mi ilustre amigo, su respuesta afirmativa. Aquí encontrará amigos mexicanos, del Perú, de Venezuela, de Colombia, de España; amigos que han encontrado refugio dentro de nuestras fronteras escapando de las dictaduras castrenses que se han entronizado, con la complicidad de Washington, en buen número de nuestros países.

Un cordial apretón de manos de su amigo, afmo. y s.s.,

Jesús SILVA HERTZOG.

*

México, D. F., Junio 30 de 1953.

Señores
Marco Aurelio Zumbado y
Carlos Luis Sáenz E.,
Secretarios de la Asociación de
Escritores y Artistas de Costa Rica.
Barrio Aranjuez, 1353.
San José, Costa Rica.

Muy distinguidos señores míos y amigos:

Quiero agradecerles el contenido de su carta fechada el día 18 de abril próximo pasado y que apenas hace tres días llegó a mis manos. Pienso que es deber indeclinable de todo latinoamericano exaltar sus más altos valores intelectuales para provocar admiración por ellos y crear en el pecho de todo habitante de nuestra América el orgullo de serlo. Siempre me ha parecido que se ama porque se admira y se admira porque se ama; y si nosotros admiramos a hombres de talento y cargados de virtudes como Joaquín García Monge, afirmaremos nuestro amor a las patrias que soñamos algún día unidas por lazos de simpatía, de solidaridad y de comunidad de intereses entre todos sus pobladores.

Ya saben que estoy a sus órdenes y cuentan aquí con un amigo y S. S.,

J. Silva Hertzog.

Una suscrición al Rep. Americano la consigue Ud. con
Matilde Martínez Márquez
LIBROS Y REVISTAS.
Avenida Los Aliados Nº 60
Apartado Nº 2007
Teléfono FO-2539
La Habana, Cuba

Octavio Jiménez A.
Abogado y Notario
Oficina: 25 varas al Oeste de la Tesorería de la Junta de Protección Social
TELEFONO 2034
APARTADO 338

Noticia de Libros

(Viene de la pág. siguiente)

Ya lo dijimos: Ojalá en otras patrias de nuestra América hombres de estudio competentes sigan este notable ejemplo de los mexicanos.

*

Es evidente el caso: en nuestra América se siente ahora una onda de libros con inquietud de la Historia; los vemos llegar, en ánimo de revisarla y explicarla de otro modo la historia que hemos vivido o la que vivimos.

Cojamos esta noticia de tales libros:

Sergio Bagú: *Estructura social de la colonia.* Ensayo de Historia comparada de América Latina. Librería "El Ateneo" Editorial. Buenos Aires.

(Análisis de la estructura social de la colonia hispanoportuguesa en América).

("El estudio de nuestros pueblos desde el ángulo de la historia comparada arroja una luz reveladora sobre sus problemas actuales, todos los cuales tienen alguna raíz pretérita").

Señas del autor: Miñones 2583. Buenos Aires. Argentina.

Y gracias por el honroso envío del ejemplar que hemos recibido.

Antonio Martínez Bello: *Origen y meta del Autonomismo.* Exégesis de Montoro. (Ensayo de Filosofía de la Historia de Cuba). La Habana, Cuba. 1952.

Sucesos y valores cubanos de la mayor importancia.

Hay que enterarse a fondo de las causas, circunstancias y consecuencias de los grandes hechos políticos y sociales de la historia de Cuba.

Señas del autor, a quien damos las gracias por el honroso envío de su libro::

Gervasio Nº 211-bajos.
La Habana. Cuba.

*

Muy interesantes las Publicaciones de la Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana, en Caracas. Nos place mucho recibirlas.

Don Manuel Arocha, Embajador de Venezuela y Secretario General de dicha Conferencia, ha tenido a bien remitirnos los Nos. 2 y 3 de la Colección *Historia*:

Dr. Narciso Esparragosa y Gallardo. Por el profesor John Tate Lanning.

Caracas. 1953, y

América y el Libertador. Prólogo del Dr. Cristóbal L. Mendoza. Caracas. 1953.

(Textos del Libertador sobre su devoción apasionada por la América relativos a las relaciones interamericanas).

*

Como una atención que agradecemos de la Legación de la República Popular de Rumania en Washington, D. C.:

Les visiteurs etrangers parlent de la Republique Populaire Roumaine. Editions de l'Institut Roumain pour les relations culturelles avec l'etranger.

Muy interesante. Gracias.

*

Como envío de la Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela, 1952:

J. A. Butron-Olivares: *Voces ingenuas.* Poesías. Editorial Avila Gráfica. Caracas.

En el Prólogo, lo recomienda en muy buenos términos Aniceto Ramírez y Astier. Lo confirmamos.

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
EDITOR
En Costa Rica:
Susc. anual: ₡ 18.00

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.
El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.
"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario cobrable en los EE. UU.

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Como obsequio, que tanto le agradecemos, de nuestro amigo y colaborador en La Paz, Luis Terán Gómez:

Arnold J. Toynbee: *Estudio de la Historia*. Vol. I. Traducción de Jaime Perriaux. EMECE Editores, S. A. Buenos Aires.

Con el libro anterior, recomendamos éstos:

Pierre Daye: *El suicidio de la burguesía europea*. Editorial CLARIDAD. Buenos Aires. 1952.

Historiador y periodista, el autor —belga de origen— sabe mucho, y explica muy bien, ecuánime.

Gracias le damos por el envío de tan interesante libro.

Enrique de Gandía: *La revisión de la Historia Argentina*. Ediciones Antonio Zamora. Buenos Aires. 1952.

"No es posible seguir enseñando errores indiscutibles, sólo por haber sido hechos por maestros eminentes ya desaparecidos".

"Los *tabús* históricos, o temas intocables, sagrados, son cada día más abundantes".

Gracias le damos al autor por el envío de libro tan oportuno.

*

Señalemos: José Ferrater Mora: *El hombre en la encrucijada*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.

Libro muy bueno; trata de explicarnos la angustia histórica en que vivimos; en que el hombre ha vivido siempre. Sabe mucho el autor y escribe bien.

*

Como envío de don Jorge Luis Arango, Jefe de Cultura Popular del Ministerio de Educación Nacional, en Bogotá:

Daniel F. O'Leary: *Memorias*, tomos I a V, y el VI (Apéndice).

Corresponden a la magnífica Biblioteca de Autores Colombianos (Nos. 15, 16, 17 18, 19 y 20).

Como ediciones de la Revista BOLIVAR, del Ministerio de Educación Nacional. 1952.

Es un regalo magnífico. Lo agradecemos mucho. Cuánto bien dicen estas ediciones de la cultura colombiana, y de sus encargados de mantenerla y difundirla.

*

Como Nº 37 de la antecitada Biblioteca de Autores Colombianos, también recibimos, y gracias:

Jesús Rincón y Cerna: *La Bolivariada*.

Lo prologa el muy reputado poeta Rafael Maya.

"todo un poema épico sobre el Libertador".

"Y allí está el poema, dotado de espléndida unidad, pero vario y diverso en la complejidad de su concepción".

"Este poema es una construcción ciclópea. En cada bloque hay cincelado un episodio de la magna epopeya".

*

Por otro camino (también del Espíritu) nos llegan —y cómo nos place— las *Memorias* del General Daniel Florencio O'Leary. Narración. Prólogo de Mons. Nicolás E. Navarro. Imp. Nacional. Caracas. 1952.

En tres tomos de más de 600 páginas cada uno. Con ilustraciones.

Regalo magnífico con que nos honra la Sociedad Bolivariana de Venezuela. Lo estimaremos en lo mucho que vale.

Señas: Cují a Salvador de León Nº 6. Apartado 874. Caracas.

*

Versos nuevos de Salvador Jiménez C., en el cuaderno *Del Viento y las Nubes*. San José, Costa Rica. 1953.

Lo acogemos con las mismas y sentidas palabras de aprecio y simpatía del profesor y poeta Arturo Agüero Chaves.

Cuadernos anteriores: *Tierra del Cielo* y *Cantarcillos de un marinero ciego*.

Prosiga, Salvador.

*

Continúa la tan reputada editorial mexicana PORRUA Y OBREGON, S. A. (Av. Juárez 30) México D. F., 1953, con la serie *México y lo Mexicano*, en la que los indoamericanos preocupados tenemos los ojos puestos.

Recibimos los volúmenes 12, 13 y 14, que corresponden a estos títulos:

Aproximaciones a la Historia de México. Por Silvio Zavala.

(Desentraña el sentido del proceso histórico mexicano).

México en la conciencia anglosajona. Por Juan A. Ortega y Medina.

(Historia reflexiva viajera sobre México. La historia de la opinión anglosajona viajera).

El Occidente y la conciencia de México. Por Leopoldo Zea.

(El Occidente como donador de humanidad).

(*Concluye a la vuelta*)

Promesa de Año Nuevo

(*Véase la pág.* 104)

Tengamos hoy las manos juntas, hermana mía,
y nuestras manos juntas hagan su comunión.
Vivamos la ventura de nuestra compañía,
y hagamos una dulce promesa en este día:
tú, ser la hermana Elvira; yo, José Asunción.

Y así como la luna refleja su tristeza
sobre el azul de un lago, y se queda dormida,
consagra tú el motivo de tu gentil nobleza
y la dulzura blanca de tu delicadeza,
sobre el murmullo tenue que cantará mi vida.

Tú verás en mis aguas cómo canta el Halago
yo veré en tu reflejo la más noble ilusión;
y será nuestra vida como un hilo en el lago,
tú, apartando la pena que nos dió algún estrago,
yo, cerca a tu oído rimando una canción.

Y así, con tu serenidad amable,
lleno de amor tranquilo tu virgen corazón,
seremos, tú, mi Elvira,
y yo, José Asunción.

Rogelio SOTELA.